Ruptura

número 5

Diciembre 2009

Gratuito

raja, quiebra, desgarro, separación, desavenencia, interrrupción

Momento de desgarro entre la etapa anterior y la que viene, rechazo de todo aquello que ha supuesto un obstáculo para la consecución de nuestros objetivos, y desarrollo de las prácticas necesarias para el avance. Contra el infantilismo y el guetto. Contra el posibilismo y los intermediarios. Por la autoorganización, por la extensión de la lucha de clases.

Editorial

En los tiempos que corren parece obligado abrir cualquier texto introductorio mencionando la famosa crisis. Si al editar el número anterior empezaban a vislumbrarse sus efectos, durante el año que ha pasado hasta la edición de este nuevo número nos hemos metido de lleno en ellos. No repetiremos lo que ya se ha repetido hasta la saciedad: datos económicos, represivos, sociales, psicológicos con los que dibujan el cuadro de nuestra experiencia. En el número anterior tratamos de entender las causas y posibles consecuencias de la crisis capitalista, para ver si de alguna forma éramos capaces de proponer formas de enfrentarnos a ella que pudiesen acercarnos a la destrucción del capitalismo. Nuestro objetivo no ha cambiado desde entonces. Creemos que entender la realidad que nos rodea mientras luchamos contra ella es la única manera de tener alguna oportunidad de superarla. Por esto, en este número hemos tratado de seguir por ese camino, el de analizar críticamente nuestras experiencias, y las de otros compañerxs, para aprender de nuestros errores y seguir desarrollando prácticas anticapitalistas más eficaces a corto y largo plazo.

Más allá de la crisis, si hay algo que destacar sería lo sucedido en Grecia en diciembre de 2008. Sin duda, esta revuelta ha sido lo más relevante ocurrido en Europa en los últimos diez años, en lo que a contestación social se refiere. No sólo por la dureza de los enfrentamientos, sino, sobre todo, por la extensión social, duración y motivación explícita de los mismos. El diciembre griego sacudió a los anarquistas y anticapitalistas del resto de Europa, que no dudamos en mostrar nuestra solidaridad con lo que estaba sucediendo, mostrando, de paso, nuestra precaria situación. En esto Madrid no fue una excepción; las expresiones de solidaridad con la revuelta griega y, después, con los detenidos frente a la comisaría de la calle Montera fueron un buen ejemplo de nuestras potencialidades y de nuestras debilidades. En el primer artículo hemos tratado de sacar algunas lecciones de estos días, con la mira puesta en ir más allá de nuestras propias limitaciones.

En los últimos meses hemos visto como la propuesta de cambiar la ley del aborto por el gobierno del PSOE ha sacado a la calle a lo más rancio y desagradable del país, como punta de lanza de una ofensiva mediática y política de los sectores más reaccionarios y tradicionalistas. La batalla por el control de nuestros cuerpos y mentes, en este caso el de las mujeres, es un aspecto más de la lucha por la mejora de nuestras condiciones de vida. En este sentido debemos desarrollar un discurso que afirme contundentemente nuestra necesidad de decidir qué hacer con nuestros cuerpos por encima de moralistas de todo pelaje. Un discurso y una práctica que nos permita no tener que ir a remolque de la izquierda institucional.

Finalmente hemos dedicado buena parte de este número a tratar de entender qué son y cuál es la importancia de las clases sociales en la sociedad capitalista. Desde el inicio de esta publicación siempre hemos expresado una postura de clase basada en nuestra experiencia y la intuición de la importancia de la lucha de clases en la sociedad que nos rodea, aunque nunca le habíamos dedicado un texto en profundidad. Consideramos importante este texto para entender de dónde surge gran parte de la conflictividad social en la sociedad capitalista, la lucha de clases, y también para entender cómo ésta ha cooptado otras diferencias como el género, la "raza", la cultura y las dominaciones que se pueden derivar de éstas. También para evitar caer en el obrerismo, que glorifica acríticamente al trabajador, en el ciudadanismo, que absorbe el discurso dominante abstrayéndose de la división social en clases, o en la mistificación de la marginalidad y la delincuencia. Para nosotros lo revolucionario no es glorificar la lucha de clases, sino comprender que sólo podemos escapar a ella a través de la creación de un movimiento que nos conduzca a la revolución.

La construcción de un movimiento revolucionario es la tarea que todxs afrontamos, y en este sentido queremos acabar lanzando dos propuestas que consideramos necesarias para encaminarnos en esa dirección.

Por un lado, es necesario que los revolucionarios creemos espacios donde poder confluir, donde poder compartir experiencias, analizar la realidad y los conflictos en los que estemos implicados, desde donde desarrollar teoría, estrategias y tácticas anticapitalistas que llevar a la práctica y difundir públicamente. Espacios, físicos o no, que perduren en el tiempo, que se doten de una cierta estabilidad pero, sobre todo, que

tengan unos objetivos y una base real. Nada de "hablar por hablar". Si los grupos participantes no desarrollan una práctica real autónoma, si su único interés es discurrir sobre el sexo de los ángeles, o suplir mediante el debate las carencias prácticas, sólo serán una pérdida de tiempo, energía y ganas. Igualmente, sin objetivos reales concretos, lo más probable es que acabemos perdidos y sin rumbo.

La segunda propuesta se centra en cómo intervenir en la realidad, en los conflictos que se produzcan. La tarea de los revolucionarios y sus organizaciones no puede ser dirigir las luchas o sustituir los órganos proletarios (asambleas, piquetes, etc.) que surjan. Su papel deberá ser crear, fomentar, alentar y defender estos grupos, participando en ellos, aportando experiencias y propuestas, aprendiendo y extrayendo lecciones de la práctica. Estos grupos seguramente surgirán sobre la base de reivindicaciones concretas, quizás muy básicas, pero, si todo va bien, la práctica, el enfrentamiento y su crecimiento numérico les harán ir asumiendo cada vez más tareas, planteando unas reivindicaciones más globales y desarrollando un enfrentamiento más amplio y directo. La tarea de los revolucionarios será estar allí, en esas organizaciones que se formen o que formemos, apostando y poniendo en práctica tácticas que, siendo asumibles por cualquier proletario, no dejen de ser eficaces, y que contengan en su forma (horizontalidad, comunicación y acción directas, etc.) y en su contenido (igualdad, apoyo mutuo, solidaridad…) el germen de la sociedad que queremos construir y de la forma en que queremos vivir.

La división del movimiento obrero clásico entre lucha económica y lucha política, es decir, entre partidos y sindicatos o entre organizaciones específicas y sindicatos, es impuesta por la propia naturaleza del capital, que divide las relaciones humanas en relaciones económicas y políticas, cada una con una estructura específica donde desarrollarse: el estado y la empresa. Estado y economía son dos caras de la relación capitalista, que debe combatirse integralmente, sin distinciones y sin asumir las falsas divisiones que trata de imponernos. Un movimiento verdaderamente anticapitalista debe ser un movimiento integral, que trate de acabar con todas las separaciones que nos impone el capital a través de la economía (división por ramos o sectores, por paro o trabajo, como competidores en el mercado de trabajo) y del estado (como ciudadanos "iguales" que recomponen sus intereses a través del voto y la representación) y, por tanto, cualquier organización proletaria no debe limitarse a tal o cual aspecto del capital, política o economía, sino que debe criticarlo, en la teoría y en la práctica, globalmente y desde su propia raíz.

Debemos intentar que los organismos de proletarios que se formen lo hagan por encima de dichas divisiones: nada de asambleas de parados o de trabajadores, asambleas de trabajadores Y parados, concretando los intereses comunes y cómo el capital utiliza la división para enfrentarnos y empeorar las condiciones de todos. Debemos potenciar la creación de asambleas de proletarios (si utilizamos está palabra es para enfatizar que no se hagan distinciones entre trabajadores, estu-

diantes, parados, amas de casa, etc., el nombre concreto que adopten es lo de menos) centradas en el territorio. También pueden potenciarse las asambleas en los centros de trabajo siempre que sea posible. Pero, exceptuando empresas grandes, generalmente públicas, y con una plantilla medianamente estable será difícil que tengan una duración más allá del conflicto. Dada la situación actual, estas asambleas seguramente empiecen a partir de los pocos lazos sociales en los que aún podemos apoyarnos: de amistad, familiares, afinitarios, políticos, etc. Empezando desde aquí debemos tratar de extenderlas a cualquiera que esté dispuesto a enfrentarse al capital partiendo desde una postura de clase, pero asumiendo unas formas y unos contenidos que pretenden ir más allá de la simple reivindicación de clase.

Un movimiento que aspire a destruir el capitalismo no puede quedarse en un mero movimiento de clase. Debe partir de la lucha de clases, pero sólo para ir más allá. Como proletarios nuestra única salida colectiva al capital es su destrucción, lo que implica nuestra autosupresión como clase y la reconstrucción de la humanidad y de la comunidad que nos han sido arrebatadas. El proletariado no tiene ningún interés a largo plazo en afirmarse como tal dentro de la relación capitalista, su único interés es la supresión del capital y de las clases sobre las que éste se asienta. Para ello, el movimiento revolucionario debe tender a la construcción de relaciones sociales comunistas: fraternas, horizontales, libres, de igual a igual, no mercantilizadas, etc. Relaciones que sólo podrán establecerse sobre la base de un enfrentamiento colectivo y social con el estado y el capital, descartando aventurillas individualistas, grupusculistas y/o suicidas, evitando encerrarnos en "guetos" en los que compensar nuestra incapacidad de enfrentarnos a la realidad, sin que eso signifique sacrificar ni un ápice de radicalidad y de contenido, aunque quizá sí un poco de pose y de formas.

Se demuestra andando...

Algunas reflexiones sobre Madrid a propósito de Atenas

"Transformar las derrotas en victorias sólo es posible sobre el papel; es mejor reconocerse temporalmente derrotado si lo que se ambiciona es no seguir estándolo"

Introducción

Hace aproximadamente un año, Alexis Grigoropoulos, de 16 años, fue asesinado por la policía en Atenas, Grecia. La rotunda respuesta de lxs anarquistas griegxs acabó extendiéndose más allá de los límites del movimiento anarquista, dando lugar a una revuelta que duró casi un mes, y en la que se produjeron disturbios, ocupaciones de edificios públicos, asambleas políticas en las facultades, pero también de barrio, etc. Durante el tiempo que duró la revuelta griega, tuvieron lugar diferentes actos de solidaridad por numerosas ciudades del mundo. No nos detendremos a contar o analizar lo sucedido en Atenas, eso corresponde a lxs compañerxs de allí, pero creemos que es necesario repasar lo sucedido en Madrid las semanas posteriores al asesinato de Alexis, ya que son un buen reflejo de la situación del "movimiento" madrileño. Una vez más se ha vuelto a demostrar todo el potencial que tenemos, pero también todas nuestras carencias. La principal premisa de este artículo es que difícilmente podemos hablar de un "movimiento" anarquista, libertario o anticapitalista en Madrid. Quizás sería mejor hablar de un "espectro" libertario en el doble sentido de una amplia diversidad de posturas pero, sobre todo, de un fantasmal conjunto de individuos, colectivos, asambleas y okupas que nunca llega a tomar cuerpo. Esta falta de movimiento real es una de las principales causas de muchos de los problemas que se generaron esas semanas, aunque seguramente no sea la única. Creemos que si algo demuestra realmente la falta total de un movimiento en Madrid, es que no se haya hecho ningún tipo de autocrítica pública, colectiva o individual, por parte de los colectivos y personas que participaron en la asamblea de solidarixs con Grecia, ni en las semanas posteriores, ni hasta ahora.

Analizar cuáles son sus causas y cómo se manifiestan, es el primer paso para que, entre todxs, construyamos en un futuro algo que se parezca mínimamente a un movimiento digno de merecer ese nombre. Este artículo trata de ser una primera piedra.

Madrid no es Atenas

Quizás nada haga más evidente la falta de movimiento en Madrid que comparar nuestra situación con la de Grecia. Es necesario contextualizar lo que ocurrió en Atenas y lo que ocurrió en Madrid para ver lo lejos que estamos de ver una revuelta semejante en nuestra ciudad, pero sobre todo, para darnos cuenta de que lo que ocurrió en Grecia es consecuencia de un proceso colectivo de varios

años, proceso que no se ha dado aquí, y que por tanto pretender comparar ambas situaciones simplemente en base a criterios económicos o sociales es tremendamente inocente.

Por lo que nos llega de Grecia, el movimiento tiene mucha más experiencia de la que tenemos aquí, entre otras cosas porque allí no se produce una fractura generacional tan marcada como la nuestra. Esta diferencia es bastante significativa. En las revueltas de diciembre ha confluido a la vez la experiencia de gente que formó parte del movimiento de estudiantes del 90-91, con las ganas y la rabia de muchos jóvenes de la edad de Alexis, y con gente recién llegada al movimiento anarquista, aprendiendo unxs de otrxs. Aunque ambas situaciones tuvieran causas similares (en los 90 los disturbios comenzaron a raíz de la muerte de un profesor que se unió a las reivindicaciones de los estudiantes, y ahora por la muerte de un adolescente) durante los 18 años que las separan ha tenido lugar una evolución que se ha manifestado no sólo en la extensión del movimiento, sino en su fuerza y contundencia: las consignas de los 90 de atacar comisarías se han traducido en hechos en 2009[1].

No entraremos en las causas, pero es evidente que esto no ocurre en Madrid. Aquí los movimientos han ido naciendo y muriendo durante estos años. No ha habido una continuidad real en la lucha. Prácticamente las generaciones anteriores se han ido diluyendo, lo que hace

imposible que transmitan sus experiencias en primera persona. Esto no significa que todxs ellxs hayan dejado de "hacer cosas", pero sí que muchxs han abandonado el "espectro" del que hablábamos, quemadxs por su superficialidad, en busca de "cosas reales" lo que, sin duda, reproduce la propia "irrealidad" del "espectro". Es imposible que haya una evolución si cada movimiento ha muerto según ha nacido. No hemos conseguido crear unas estructuras, espacios y formas organizativas duraderas que permitan esa continuidad.

La mayor presencia y continuidad de un movimiento anarquista también se traduce en el mayor apoyo social que tienen en Grecia. Por pequeño que este pueda ser, siempre será mayor que el que tenemos

[1] *Carta a los estudiantes escrita por trabajadores atenienses.* www.klinamen.org/article5534.html

aquí, si es que tenemos alguno. No es sólo una cuestión de apoyo, sino de visibilidad. Lxs anarquistas griegxs han conseguido tener una presencia social: "existen", independientemente de que la gente lxs apoye o no. No existe nada comparable en Madrid en términos reales, por mucho que a veces "antisistema", "okupas" o "antifas" salgan en alguna portada que otra. La falta de seriedad y de un enfoque hacia fuera del gueto, dificultan el éxito de cualquier tipo de lucha que queramos llevar a cabo.

Este es el resultado de la influencia que han tenido las acciones y las ideas anarquistas en la sociedad griega los últimos años. Sin embargo nosotrxs pocas influencias hemos conseguido en nuestra sociedad. No hemos tenido ese flujo constante de ideas durante años, ni la participación en conflictos y movilizaciones que se salgan de los estereotipos del gueto; okupación, presos, represión, antifascismo, etc. Salvando las distancias, un buen ejemplo de la importancia de la continuidad han sido las movilizaciones a raíz de la muerte de Carlos Palomino a manos de un nazi. Durante los dos años que se han prolongado hasta el juicio, el número de asistentes a las manifestaciones en recuerdo de Carlos ha ido en aumento: desde las primeras el día de su asesinato o a la semana siguiente en Sol, a la del aniversario y la última en Pza. Elíptica antes del juicio. Otro buen ejemplo ha sido la lucha contra los centros de menores cerrados, en la que un esfuerzo constante durante dos años ha tenido unos resultados notables: cierres de centros de menores, repercusión social, dimisiones, etc. Por criticables que puedan ser ambas luchas en otros aspectos, han mostrado que el trabajo continuo y constante es una condición imprescindible para llegar a cualquier parte.

A todo esto hay que sumar que en los últimos 20 años, en Grecia se han ido sucediendo una serie de luchas, principalmente estudiantiles, que han tenido éxito en parar diferentes reformas gubernamentales, lo que seguramente haya creado una conciencia de que a través de la lucha se puede conseguir parar unas reformas[2]. Sin embargo, en España desde la OTAN, nos han colado todo lo que han querido: las reformas estudiantiles, las reformas laborales, el nuevo código penal, proyectos desarrollistas o la guerra de Irak son algunos ejemplos en los que diferentes grados de movilización han conseguido, como mucho, maquillar algo el resultado, pero casi nunca echar para atrás el proyecto inicial.

[2] "[…] Al mismo tiempo, en el liceo 17º de Atenas, los alumnos han organizado una exitosa abstención escolar en respuesta a la sanción impuesta a un compañero suyo por no prestar atención al sonido del himno nacional durante un día festivo la pasada semana. Los alumnos protestaron en las puertas de la escuela negándose a entrar y forzando al director a retractarse de las medidas disciplinarias. 'Los resultados de nuestra movilización nos han envalentonado, ya que han demostrado que mediante la acción colectiva nadie puede ganarnos'" Extraído de www.klinamen.org/article6907.html

Una impresión general es que Grecia comparte muchos rasgos de la España de hace unos cuantos años, no en términos de movimiento político, sino de "vida social". Mientras que el Estado español ha llevado a cabo una política sistemática de limpieza de cara de la policía, no parece que algo similar se haya conseguido en Grecia, donde la policía aún mantiene en gran parte esa imagen de fuerza represora. En algunos aspectos la vida de barrio es mucho más rica, tal y como la recordamos hace años. De hecho, lxs anarquistas han sabido aprovecharse y potenciar esta situación a través de charlas y actos en espacios públicos como plazas, universidades, etc.

Por supuesto, también hay algunas diferencias que han facilitado la creación de un movimiento anarquista fuerte y, por tanto, el desarrollo de los acontecimientos de diciembre. Por un lado, las movilizaciones estudiantiles siguen siendo vistas con buenos ojos ya que fueron el detonante de la caída de la dictadura de los coroneles que gobernó el país entre 1967 y 1974. Dichas movilizaciones tuvieron como punto álgido la entrada de los tanques en el politécnico el 17 de noviembre de 1973, donde murieron al menos 24 personas. Por este motivo, las facultades son "santuarios" en los que la policía no puede entrar[3], y que durante diciembre se convirtieron en puntos de encuentro y propagación de la revuelta. Por último, pero no menos importante, hasta hace pocos años Grecia ni siquiera contaba con una legislación antiterrorista moderna (se instauró para las olimpiadas del 2004), ni con una fuerte organización armada como ETA, respaldada por un no menos fuerte movimiento social, con todas las consecuencias penales, policiales, políticas y mediáticas que ha tenido para el resto de movimientos de la península.

Finalmente, durante los meses precedentes a la revuelta de diciembre de 2008 se produjeron numerosos conflictos: huelga de hambre de presos, contra las privatizaciones, paradxs, luchas de inmigrantes, etc. Las movilizaciones de diciembre también son consecuencia de ste clima y de estas luchas previas que acabaron confluyendo en las calles a raíz de la muerte de Alexis.

Convocatoria

En Madrid, los acontecimientos se sucedieron rápidamente. El sábado 6 de diciembre asesinan a Alexis, entre el domingo y el lunes empezamos a ver por las noticias que los disturbios en Grecia se extienden. El martes 9 se forma una asamblea que convoca una concentración solidaria para el día siguiente, miércoles 10 de diciembre. Esto nos hace ver que realmente existía un interés por hacer algo para mostrar nuestra solidaridad con lo que estaba pasando en Grecia. De hecho, esta urgencia llevó a que, incluso,

[3] En Madrid es sólo de palabra, ya que los rectores suele dar permiso a la policía para que entren en las facultades, por no hablar que muchas veces la policía utiliza la excusa de que las calles que atraviesan las universidades, no se consideran parte de las mismas.

se convocasen algunas concentraciones fantasma a través de internet. Esta rápida respuesta demuestra que somos capaces de reaccionar con bastante urgencia para juntarnos en un primer momento. Pero viendo como acabó la manifestación que pasó por montera, pudo haberse pecado de falta de previsión. De no haber pasado por Montera, las cosas podrían haber sido diferentes, pero nadie puede asegurar que no se hubiese liado. Desde luego lo que ocurrió era difícil de prever, pero se podría haber supuesto algo parecido y haber puesto los medios para afrontarlo.

En algunos ambientes está muy extendido algo así como un culto a la espontaneidad. Sin embargo la espontaneidad no tiene ningún valor en sí misma, como tampoco lo tiene la organización. No se trata de oponer espontaneidad a "control total", se trata de que los posibles actos espontáneos se den dentro de una organización preparada para afrontar estos imprevistos. El problema de la espontaneidad es que muchas veces no valora las consecuencias de los actos, pero puede ser tremendamente efectiva cuando hay una preparación previa, seriedad, ganas, experiencia y saber hacer. Igualmente, es irreal pretender controlar todos los factores de una manifestación o concentración, pero tras plantearnos un objetivo y cómo cumplirlo, deberíamos hacer un balance de sus posibles imprevistos.

No podemos acabar sin mencionar ciertas prácticas de los medios de contrainformación que lejos de ayudar a la lucha, pueden acarrear serios problemas para la seguridad e integridad de lxs compañerxs. Cuando se pone la espectacularidad, la fotito y el inmediatismo del minuto y resultado por encima de la seguridad de lxs demás, se está más cerca del periodista que del compañerx.

¿Solidaridad con Grecia o con los detenidxs?

Es verdad que muchxs nos ilusionamos y hasta llegamos a montarnos nuestra propia película al ver a tanta gente junta dispuesta a estar en la calle. Muchxs vimos la asamblea como un espacio de solidaridad con Grecia y no sólo como una asamblea en solidaridad con lxs detenidxs en Montera. A toro pasado, creemos que el desarrollo de los acontecimientos demostró que para la mayoría de la gente no era así, que para muchxs era sobre todo una asamblea de solidaridad con lxs compañerxs, colegas y amigxs que habían sido detenidxs. Seguramente, incluso aquellxs para quienes no era su prioridad, acabaron enredados por la vorágine antirrepresiva. No hay que confundirse. Esto mismo lo llevamos viviendo durante muchos años en Madrid cada vez que hay detenidxs. Nos juntamos gente que llevamos mucho tiempo sin hacer nada en común o que incluso no nos conocemos. En un principio parece muy bonito y hasta nos emocionamos, pero no hay que perder el norte. Por muchas ganas que haya por parte de todo el mundo, la verdad es que al final casi siempre se queda en un objetivo muy concreto: liberar a lxs detenidxs, aunque cada vez sea en un contexto diferente: esta vez ha sido Grecia, años anteriores fueron desalojos, golpes represivos… y nos volverá a pasar en otras situaciones.

En general las detenciones acaban paralizando los conflictos, desviando todos nuestros esfuerzos a conseguir sacar a lxs detenidxs. Si realmente queremos llegar a algún lado, no podemos dejar que esto ocurra tan fácilmente. La represión no se puede esquivar, sólo se puede afrontar con mayor o menor eficacia. Si reculamos cada vez que detengan a alguien, los conflictos van a durar bien poco, y de hecho esta es una estrategia bastante común por parte de la policía. Como anticapitalistas, debemos asumir dónde nos estamos metiendo y los riesgos y consecuencias que conlleva. Es más, tendremos que asumir que, a pesar de estar detenidxs, muchas veces la lucha debe seguir adelante. Esto no significa que debamos dejar de lado a nuestrxs detenidxs, o que las luchas estén por encima de las personas, sino que aun teniéndolos en cuenta, no podemos permitir que las luchas se agoten al primer golpe. Si no asumimos que en ocasiones hay que seguir la lucha a pesar de lxs detenidxs, estamos condenados al eterno fracaso. Lxs trabajadorxs de la huelga de metro no la abandonaron cuando se produjeron los despidos y las sanciones; añadieron una reivindicación más a su tabla. Las decenas de detenciones en Grecia tampoco pararon los sucesos de diciembre.

Cosas como acabar centrándonos en la represión pasan porque, por muy buenas intenciones que tengamos, no hemos llevado a cabo un trabajo de base. Es imposible que surja algo continuo y organizado a partir de un hecho tan concreto, eso tiene que ser un trabajo paulatino en el día a día, para que cuando nos enfrentemos a un problema así no tengamos que empezar desde cero. No creemos que la mayoría nos movamos por el simple egoísmo de liberar a nuestrxs amigxs, creemos que realmente sentimos la necesidad del apoyo mutuo y, de hecho, nos movemos cuando algo merece la pena… el problema es que no hemos conseguido crear algo que merezca la pena, así que todo acaba limitándose a lo más inmediato y tangible: sacar a lxs detenidxs. Seguramente esta sea la base de muchos de los problemas que surgieron, como la falta de organización, llegar tarde y a trompicones a todo, dejar demasiado la asamblea en manos de abogados y familiares, los problemas que hubo en las jornadas y la última manifestación, que no llegó a realizarse.

Dinámica de las asambleas

A pesar de la rapidez de la convocatoria, merece la pena destacar lo mucho que a veces nos cuesta concretar las cosas que hacer. Entendemos que, en estos casos, las asambleas son heterogéneas, que la gente no se conoce, que todxs tenemos dudas sobre cuál es la mejor opción a seguir, pero creemos que es necesario hacer un esfuerzo por tratar de sacar las cosas adelante con el mínimo desgaste posible. En situaciones así siempre hay cuestiones que son prioritarias y otras que pueden dejarse para más adelante, y hay que saber dejar claro cuáles son cada una. Igualmente, en estos casos es necesario que todxs pongamos de nuestra parte para llegar juntxs a algún lado. Aunque todxs tengamos nuestras ideas y perspectivas distintas, muchas veces

sabemos lo suficiente del de enfrente para saber hasta dónde puede ceder, y por tanto hasta dónde tenemos que ceder nosotrxs. De esta forma nos evitaríamos las interminables asambleas que giran en círculos en torno a nada concreto.

Algo positivo que queremos destacar son las ganas y la ilusión de la gente, que se puso manos a la obra y se organizó muy rápidamente en comisiones, de las que surgieron numerosas ideas.

Se nota que tenemos experiencia en hacer primeras asambleas, el problema es cuando viene la segunda y tercera, si es que hay. Parece ya algo rutinario: ocurre algo y sabemos que hay que organizar una asamblea; detienen a compañerxs y en muy poco tiempo ya estamos organizadxs para sacarlos. Pero es algo tan básico que no podemos darnos una palmadita en la espalda. Esto demuestra que tenemos la lección bien aprendida: horizontalidad, asamblearismo, apoyo mutuo… Modos de hacer las cosas que tenemos bien asumidos, que entendemos como propios. Hay cosas que de tanto repetirlas las tenemos dominadas, como montar conciertos, reaccionar ante detenciones, etc. Sin embargo, otras como comunicarnos hacia fuera del gueto no las manejamos tan bien. Esto puede explicar la diferencia de cantidad gente que se implicó en cada comisión.

En líneas generales, las tres comisiones funcionaron bastante bien, aunque es posible que no le diéramos la importancia suficiente a la de propaganda, en la que quizás no nos implicamosla cantidad de gente necesaria. Sin embargo esto no es excusa para algunos de los errores cometidos. El mayor de ellos quizás fue que volcamos demasiados esfuerzos en la publicación del periódico y la página web dejando de lado la edición de panfletos y otros medios de propaganda con un efecto más inmediato. Aún así, creemos

que la idea de editar un periódico, sacada de las movilizaciones de los trabajadores del TMB, fue un buen intento de superar el limitado espacio de un panfleto, así como de llegar más allá de nuestros círculos. Igualmente, la página web fue una manera acertada de unificar las convocatorias e información de la asamblea.

Hay que destacar el curro que se pegaron tanto la comisión pro-presos como la del concierto para que todo saliese bien. Los detenidos tuvieron todo el apoyo necesario mientras estuvieron dentro y se consiguió bastante dinero para cubrir los futuros gastos judiciales.

Algo que a muchxs nos pareció significativo de la dinámica de las asambleas fue la escasa repercusión de las jornadas que se montaron el sábado 20 de diciembre. Ese fin de semana se había convocado una jornada internacional de solidaridad con Grecia, para lo cual se decidió convocar una concentración en la plaza de Callao, que complementase la manifestación por la liberación de los detenidos del día 27. Finalmente y al no obtener el permiso para la concentración, se decide suspenderla para no perjudicar a los detenidos en caso de ésta derivase en enfrentamientos.[4] Las jornadas que surgieron como una manera de mantener la actividad, de que la gente se encontrase fuera de la asamblea para charlar sobre diferentes temas que habían ido surgiendo durante su transcurso o qué estaban en la mente de muchxs: represión, contrainformación, cómo era la situación en Grecia antes de las revueltas, cómo afrontar la alarma social, etc. Ya en el momento se vio que las jornadas fueron un fracaso y, para muchxs, una primera desilusión. Desde luego, quizás la principal culpa fue de los que nos ilusionamos con lo que estaba pasando, pero a algunxs nos costó entender cómo unas jornadas aceptadas en una asamblea en la que habría como mínimo cien personas, tuvieron un máximo de asistencia de 50-70 personas (la primera de la mañana no llegó ni a 20), muchxs de los cuales no pertenecían a la asamblea.

Nos gustaría acabar esta parte haciendo una mención especial a todos aquellos que se pegaron el curro para sacar la pasta necesaria para lxs detenidxs y que, encima, fueron calumniados por ello, tanto al grupo como al que se comió el marrón de guardar la pasta. El tema de los conciertos también es algo que nos lleva pasando durante años, no sabemos cuidar a nuestra propia gente. ¿Qué es eso de "aquí todxs curramos gratis"? No se puede comparar el tiempo y el curro que invierte una gente en organizar un concierto y hacer un turno de barra con los años de trabajo y dedicación que requiere crear un grupo de música. Sin olvidarnos de la parte económica: el

[4] En esto hay que tener muy en cuenta que el motivo por el que los detenidos fueron encarcelados preventivamente fue una supuesta "alarma social" de la que no hablamos aquí porque ya se trató lo suficiente en el periódico que editó la asamblea. www.solidariosgrecia.org/Siete.html

dineral que se dejan los grupos en su mantenimiento, desde instrumentos hasta alquileres de locales ensayo…porque sí, los grupos necesitan ensayar… y varios días por semana, a ser posible. Entre nuestrxs compañerxs, no sabemos de ningún grupo que viva de la música, pero a pesar de los gastos que tienen, nunca somos capaces ni de reconocer su mérito ni de darles lo básico para que puedan mantenerse y que no tengan que ir desapareciendo, como muchxs a los que no les ha quedado más remedio que quedarse por el camino. Tampoco podemos olvidar una cosa: se puede criticar que sea nuestra única forma de sacar pasta rápida, pero tenemos que reconocer, por mucho que no nos guste, que la mayoría de la gente no va a un concierto por solidaridad con la causa que lo convoca, sino a ver a un grupo que les gusta. Y, lo queramos o no, hay grupos que mueven a mucha gente y gracias a los cuales podemos financiar muchos proyectos y luchas. Al fin y al cabo, vemos a lxs músicxs como algo que se utiliza, incluso como que les estamos haciendo un favor, y no somos capaces de reconocer su curro y lo que nos aportan.

La manifestación del día 27

Uno de los problemas que no sabemos cómo manejar del todo es nuestra relación con familiares y abogados. Si de verdad pretendemos ser un movimiento real, los familiares deberían tener un papel en las asambleas mucho más definido, y desde luego no una mayor importancia que el resto de compañerxs, ni tampoco su palabra tener más valor que cualquier otra. Es totalmente normal que los familiares hagan todo lo posible por liberar a lxs suyxs, y nosotrxs lo aplaudimos. No decimos que haya que cerrarles las puertas de las asambleas, pero si un familiar decide ir a una tendrá que asumir que va como unx más. Tampoco podemos colocarles el marrón de legalizar las convocatorias u otras responsabilidades jurídicas, o aceptar que se hagan cargo por su cuenta ya que, aparte de ser una demostración de incapacidad propia, dejamos en sus manos las decisiones de una asamblea que, la mayoría de las veces, les será ajena.

Tampoco podemos dejarnos llevar exclusivamente por los consejos de lxs abogadxs. El papel de lxs abogadxs es muy importante, nosotrxs no creemos en lxs mártires, es necesario que haya compañerxs que defiendan nuestros intereses en un juicio. Además de nuestra libertad, que valoramos mucho, creemos que hacemos más daño en la calle que en el talego, pero estas consideraciones individuales no se pueden trasladar a una asamblea. El papel de lxs abogadxs debe ser defender ante todo los intereses de su defendidx, y su opinión debe ser muy tenida en cuenta en la asamblea, pero no puede tener la última palabra, o que sus argumentos sean los que más pesen en la decisión final.

Resumiendo, si la campaña de solidaridad se quiere llevar a través de familiares y abogadxs, no hace falta convocar asambleas de cien personas: quedan lxs abogadoxs y los familiares, y deciden lo que hacer. Seguramente, el que se produzca

una mezcla de ambas situaciones es otra consecuencia de la ausencia de un movimiento. Nos juntamos cien pero acabamos dando más peso a familiares y abogadxs, mostrando nuestra incapacidad dentro de una enorme potencialidad. Deberíamos tener claro que, como detenidxs, lo último que queremos es que nuestros familiares marquen las directrices de la asamblea (¿nuestras madres de jefas de una asamblea? Lo mismo nos mandan recoger la celda…), porque no están acostumbradxs, tienen otros objetivos, etc. Cuando nos implicamos en cualquier lucha no son nuestros familiares sino nuestros compañerxs lxs que mejor conocen lo que nos ha llevado hasta allí, o como queremos que se exprese la solidaridad. El papel de los familiares, que lógicamente van a pensar fundamentalmente en la libertad de lxs suyxs, debería estar supeditado a los intereses colectivos: por supuesto los de lxs detenidxs, pero también los de la lucha, ya que su continuidad y extensión pueden acabar siendo más eficaces para su liberación, por no hablar que muchxs de nosotrxs no queremos que algunas cosas se abandonen porque nos hayan detenido.

La manifestación final, prevista para el sábado 27 de diciembre, finalmente no tuvo lugar. Lxs detenidxs fueron liberadxs a principios de esa misma semana, con ese motivo, Delegación del Gobierno decidió ilegalizar la manifestación puesto que el lema "Libertad para lxs solidarixs con Grecia" dejaba de tener validez. Quizás ese pudo haber sido nuestro primer error. De haberlo previsto se podría haber convocado bajo un lema más genérico, que no se lo pusiese tan fácil, aunque en esto tuvo mucho que ver la concentración desconvocada que hemos comentado más arriba. Tras su

ilegalización, la mani fue desconvocada, pero éste no fue el único motivo. Aparte del desgaste y el curro que pudo suponer para muchxs, seguramente el progresivo declive de la implicación y la asistencia fue un motivo bastante a tener en cuenta, ya que empezaba a verse la poca proyección que tenía. La misma semana de la manifestación muchos carteles estaban aún por pegar y muchos periódicos por mover. En estas condiciones, tirar adelante con una manifestación ilegal no convencía mucho, más aún cuando lxs detenidxs ya estaban fuera. La legalidad o ilegalidad de las convocatorias no son lo único importante. Aunque manifestarse ilegalmente tenga un valor por sí mismas, como no tener que pedir permiso, la ruptura de la monotonía cotidiana, etc. sólo tienen sentido cuando se dispone de la fuerza necesaria para que no sean un completo fracaso. En este sentido, muchas veces nos tocará tragar quina y tener que legalizar manis aunque no queramos, o asumir que no podemos hacer manis que nos ilegalicen. A veces, un paso atrás nos permite cubrirnos, bascular y tener una posición mejor para golpear. A eso se le llama estrategia.

Una propuesta constructiva

Como hemos insistido a lo largo de todo el artículo, es evidente que en Madrid falta algo que pueda denominarse "movimiento". Aunque hayamos intentado resaltar todas las potencialidades que vimos en estos acontecimientos, está claro que nuestro balance es negativo. Sin embargo, nunca hemos pretendido hacer una crítica destructiva de lo ocurrido, esta crítica es, ante todo, una autocrítica que asumimos y que consideramos necesaria para seguir avanzando. Por eso, terminamos este artículo lanzando algunas ideas y propuestas constructivas que sirvan de primer paso a la creación de un movimiento anticapitalista, libertario, anarquista…como prefiráis, pero que sea *real*.

En primer lugar, aunque no sea lo único, creemos que para construir este movimiento es fundamental proyectar una cara al exterior, construir un referente, dotarnos de una visibilidad social, sin por ello rebajar nuestro discurso ni nuestras aspiraciones claro, aunque quizás sí, bajarnos de un pedestal que hemos construido a base de pose y estética. Para nosotrxs, lo más llamativo de la insurrección griega no han sido los ponchazos o los enfrentamientos, sino el alcance y trascendencia social de los mismos. El discurso anarquista era conocido y, en muchos casos, respetado, aunque no fuese compartido, o sólo lo fuese en parte. Sus formas y maneras podían encontrarse bajo las movilizaciones espontáneas de lxs adolescentes, lxs inmigrantes, las ocupaciones de edificios públicos y las multitudinarias asambleas de las universidades. No es que todos lxs adolescentes, inmigrantes, etc. fuesen anarquistas, sino que, hasta cierto punto, muchxs de ellxs han asumido buena parte de su discurso y formas de actuar. Esto da una buena medida de la trascendencia actual del anarquismo en la sociedad griega. Esperar algo así en la nuestra es estar muy ciegx, ya que se olvidan los años de trabajo serio y continuado que

han llevado a cabo lxs compañerxs griegxs. Es este trabajo el que tenemos que empezar a hacer aquí.

Nosotrxs no entendemos por movimiento una organización o varias organizaciones (unas siglas vamos) sino un conjunto de ideas y prácticas colectivas abiertas y asumibles por cualquiera, que en determinados momentos pueden expresarse a través de colectivos, grupos de afinidad, espacios, publicaciones, etc. Es decir, no entendemos por referentes o visibilidad unas siglas a las que afiliarse, una estética que adoptar o un gueto en el que refugiarse, sino una determinada perspectiva de la realidad social y por tanto una manera distinta de afrontar sus problemas. Esto plantea dos cuestiones: ¿cómo y dónde construir esta perspectiva? y ¿cómo ponerla en práctica y trasladarla al exterior?

Muchxs han pensado que desde la teoría se llega a la práctica, que echaremos a andar tras un largo proceso de reflexión y debate, en una serie de asambleas y/o encuentros. Lo que ocurre es que, por nuestra experiencia, la mayoría de las veces, estas propuestas mueren a medio camino, quedándose en un "hablar por hablar" que no llega a ningún sitio. No seremos nosotrxs lxs que neguemos la importancia de la teoría, el debate y la reflexión: no es que nos sobren precisamente, pero creemos que deben surgir, o al menos ir a la par, de una práctica real.

Una manera de superar este *impasse* es construir esta perspectiva colectiva a la vez que la proyectamos al exterior. Una forma de hacerlo es que aquellxs que compartamos un cierto grado de afinidad comencemos a visibilizarla práctica y teóricamente formando, por ejemplo, bloques en aquellas manifestaciones que nos parezcan interesantes, sin limitarnos a las, digamos, "del gueto". ¿Por qué no hacer bloques en otras que no convoquemos nosotrxs pero que merezcan la pena? Es curioso ir a manifestaciones "izquierdistas" (contra la invasión de Palestina, por la Sanidad Pública, reformas estudiantiles, conflictos laborales, etc.) y encontrarse a mucha gente afín desperdigada por toda la manifestación. Creemos que con un poco de trabajo previo podríamos confluir todxs con un discurso diferente al que tradicionalmente se plantea en estas manifestaciones. Sin pretensión de crear ningún tipo de "bloque negro" (simbólico o no, eso es lo de menos), sino un punto de encuentro diferenciado pero abierto que transmita algo diferente. Diferenciado en cuanto a lo que decimos y hacemos, no en cuanto a lo que somos o creemos ser.

También es necesario empezar a abrir más locales, algo que, por otra parte, muchxs compañerxs llevan haciendo años, pero tratando de que este curro no nos ahogue ni nos deje encerradxs en ellos. Que estos locales sean espacios donde encontrarnos y, sobre todo, desde donde proyectar nuestra teoría y práctica al exterior, no lugares donde escondernos en busca de tiempos mejores, o donde crear nuestra pequeña parroquia.

Otra posibilidad es la participación en conflictos que nos parezcan interesantes, aportando nuestra perspectiva del mismo

y nuestra manera de hacer las cosas. Nos parece muy importante no caer en ningún tipo de vanguardismo (ni el marxista que va de listillo diciéndoles a los explotados qué hacer, ni al anarquista que va de listillo haciendo por los explotados lo que cree que mejor les conviene) o de seguidismo. Intentar ir de igual a igual, es decir: lo que somos y lo que pretendemos ser.

Creemos además que estas propuestas concretas podrían ser el medio perfecto para empezar a dotarnos de las estructuras organizativas necesarias para cada caso, estructuras que quizás podrían mantenerse en el tiempo, si eso nos ayuda a desarrollar una práctica más eficaz. Más aún, plantearnos problemas concretos, tratar de afrontar los problemas sociales sabiendo qué tenemos que decir en cada caso, podría ser la manera perfecta de desarrollar debates que seguramente nos falten. En el proceso de desarrollar un discurso (un simple panfleto, por ejemplo) sobre cualquier tema concreto (por ejemplo la invasión del Líbano por Israel) nos enfrentaremos a contradicciones e incertidumbres que pueden ser puntos de partida de debates muy interesantes, que no tienen por qué acabar con la manifestación. Este proceso de debate es fundamental para desarrollar relaciones de afinidad y una teoría y una práctica colectivas, pero también para saber hasta dónde podemos/queremos llegar juntxs.

Hace mucho tiempo que en Madrid vamos a la deriva, perdidxs entre modas, callejones sin salida y escondites donde ocupar nuestro ocio. Sólo saldremos de esta situación si entre todxs nos libramos de los lastres acumulados durante años. Estas propuestas concretas pretenden ser una primera piedra en la construcción de algo nuevo.

Aborto y Maternidad

Durante generaciones las mujeres hemos tenido que absorber los valores tradicionales de cualquier familia católica: el sacrifico, el amor al otro antes que a nosotras mismas… Pero ahora muchas somos conscientes de la esclavitud de pensamiento en la que hemos vivido y, si antes nos rebelábamos a ello, ahora lo hacemos mucho más convencidas.

Desde pequeñas hemos tenido que escuchar que la única forma de realizarnos de verdad como mujeres es siendo madres, parece ser que estamos obligadas a cumplir esa misión tan específicamente femenina que es parir un hijo. Sin embargo, sin privarnos de la posibilidad de ser madres en el momento que nosotras queramos, nos negamos a que por un error, un accidente o una imprudencia se nos imponga el embarazo, maternalizando nuestro presente y nuestro futuro a la fuerza.

Desgraciadamente y aunque no queramos, hemos crecido con la religión católica metida en las venas. Hemos vivido en una sociedad capitalista, de la que la Iglesia ha sido el brazo armado ideológico, que ha ignorado y sometido durante siglos las necesidades de la mujer y que aún ahora lo sigue haciendo. Una sociedad en la que los cuerpos de las mujeres han sido siempre anulados sexualmente y considerados, además, causa de pecado. Pero la sexualidad, y sobre todo la sexualidad femenina, no debe ser usada única y obligatoriamente para la reproducción. Hay que dejar atrás miedos, vergüenzas y tabúes para poder conseguir esa felicidad que nos da una sexualidad plena.

Hoy en día no hemos avanzado mucho en políticas de educación sexual. La Iglesia y los sectores más tradicionalistas siguen inmiscuyéndose. No tenemos una educación sexual basada en la protección y la libertad sexual. El embarazo, aunque sea no deseado, se plantea como único camino posible, ya que un aborto trastoca todo el sistema patriarcal en el que hemos sido formadas. Lo socialmente esperado es que toda mujer sea una madre en potencia y que si ha quedado embarazada, cualquiera que sea su situación, este estado de maternidad sea natural en ella, íntimamente deseado, repetido infinidad de veces desde la infancia, y lo aceptará tarde o temprano con la naturalidad, la alegría y todo el sacrificio que su feminidad aprendida lo demande. Esa es su principal y única función, ese es el interés social por el que se prioriza la vida de un embrión sobre la vida de la mujer, porque es madre antes que mujer.

Nos bombardean por todos lados y de todas formas con esta idea. Somos conscientes de lo difícil y lo que cuesta deconstruirnos, buscarnos y ser nosotras mismas. Por eso es tan compleja la decisión de abortar. Nadie, únicamente aquella mujer que pasó por esa circunstancia en su vida, sabe lo que significa o significó ese momento de decisión. Porque decidir abortar o no abortar no es tan

fácil. Ni si quiera es difícil, ni muy difícil. Es una decisión que se toma en un contexto extremo.

Esta es la sociedad que califica de delito e inmoral el acto de abortar, de terminar con una dificultad, con una pena que sólo siente el cuerpo y la psique de la mujer a quien le afecta. Que culpabiliza a las mujeres de querer tener una mínima dignidad como personas, que no nos otorga la capacidad de escoger y decidir por nosotras mismas nuestro bienestar y el de nuestrxs hijxs .

Nuestro derecho a la libre decisión y el discernimiento, no es de ningún modo simplista, ni egoísta, como sentenciaría la mentalidad judeocristiana en la que vivimos, que ha llevado sus convicciones religiosas al plano legal y político. Es un

tema especialmente sensible para nosotras las mujeres. Penar, de cualquier modo, cualquier intento de priorizar nuestra vida, en el fondo, no es más que la expresión del miedo a dejar de tener el poder y el control sobre el cuerpo femenino y sobre su sexualidad, y el derrumbe de los valores sociales que ello representa. Negarnos a ser atadas a una responsabilidad que no deseamos puede ser catalogado como una decisión egoísta. Sin embargo, es una decisión libre, nuestra, ejercida voluntariamente o por necesidad y a pesar de la ilegalidad e inmoralidad con que se la sentencie: es nuestra.

Nadie es tan importante o inteligente, que deba poner nuestras decisiones, emociones, nuestros proyectos de vida, nuestros sueños y frustraciones en sus manos.

Nadie nos puede negar la posibilidad de una maternidad concebida en total libertad y buena salud mental y física.

Nadie nos puede obligar a ser madres mientras no tengamos la certeza de que esa personita podrá recibir lo mejor de lo mejor.

Es necesario tener en cuenta la vida y la calidad de vida de la mujer, de la que aún depende el nonato, y dependerá no sólo los nueve meses de gestación, sino gran parte de su vida; si no es toda su vida. Obligar a ser madre a una mujer que no es capaz de dar a unx niñx los cuidados necesarios o de satisfacer sus necesidades para asegurar un desarrollo sano y feliz, eso sí que es inmoral.

Las mujeres sin recursos económicos o carentes de información, y otras que sí

los tienen pero cuyo deseo no es ser madres en ese momento, son las verdaderas víctimas de las ilegalización o las restricciones sobre el aborto. Su legalización permite el acceso a abortos seguros o, lo que es lo mismo, a una mejor salud para las mujeres. Sancionar el aborto no disminuye su práctica, sino que arroja a las mujeres que quieren abortar a un mundo clandestino dispuesto a solucionar su problema, aumentando los riesgos sobre su salud e incluso provocando la muerte de muchas mujeres, sobre todo de escasos recursos, ya que las de un alto nivel económico se buscarán unas buenas clínicas que les den las condiciones sanitarias adecuadas o utilizarán el "turismo abortivo", yendo a abortar a países con una legislación más abierta.

En el estado español el aborto fue despenalizado en 1985. Pero la ley de ninguna manera ha supuesto que las mujeres podamos decidir si continuamos o no con nuestro embarazo, ya que la última palabra la tienen otros: médicos, ginecólogos, psiquiatras, etc. Hoy en día tenemos el aborto despenalizado en casos de violación (hasta las 12 semanas), malformación fetal (hasta las 22) y grave riesgo para la salud física o psíquica de la madre durante los nueve meses de gestación. Esto tiene deficiencias importantes como que no se dé solución a los diagnósticos tardíos. Este vacío legal ocasiona situaciones muy desagradables cuando se detectan en el feto malformaciones incompatibles con una vida digna más allá de la semana 22. A pesar de las súplicas de las madres, la ley impide practicar un aborto y obliga a llevar a término ese embarazo y dar a luz a unx niñx que no sobrevivirá, o lo hará en unas condiciones insoportables. Actualmente, sólo las mujeres que tienen una situación económica desahogada pueden buscar soluciones alternativas en otros países como Francia, donde este caso está regulado hasta el final del embarazo.

Pasar por la experiencia de un aborto es un trago amargo, que se ve intensificado por la situación de indefensión en la que estamos las mujeres, obligadas a tener el consentimiento de un médico para poder abortar, o simplemente a pasar por la burocracia de estar dando explicaciones. Todo esto acumula trámites y alarga el proceso, y, con ello, el sufrimiento. Encima, este visto bueno por parte del facultativo que acredita que la mujer cumple con alguno de los requisitos despenalizados se pone continuamente en duda, como ya se ha visto con las denuncias a médicos y clínicas abortistas. En principio, la ley de plazos que se plantea nos permitiría decidir libremente en torno a las primeras 14 semanas de gestación y hasta la semana 22, en dos supuestos: cuando exista un grave peligro para la vida o la salud de la embarazada y cuando se detecten graves anomalías en el feto. Aunque no es perfecta, por lo menos permitiría el aborto libre durante las primeras semanas de embarazo, evitándonos pasar por una evaluación psiquiátrica en un momento tan difícil, además de poder hacerlo gratuitamente a través de la sanidad pública. En cuanto a la objeción de conciencia médica, no se regulará pero se propondrá que no se permita la objeción de conciencia en bloque de un hospital. Con esto se obliga-

rá a los centros públicos a que faciliten la prestación a la mujer. Los centros deberán poner todos los medios para llevar a cabo el aborto a cargo de la sanidad pública. Si un hospital no pudiera garantizar la prestación del servicio tendrá que derivar a la mujer a otro centro para que se realice la intervención, tal y como se hace con otras prestaciones sanitarias (operaciones específicas, pruebas diagnósticas...). Una de las partes más polémicas de la ley de plazos es reconocer la autonomía en la decisión a las jóvenes a partir de los 16 años sin que sea necesaria la autorización de sus padres o tutores. Es muy curioso que se echen las manos a la cabeza porque alguien de 16 años pueda decidir sobre su propio cuerpo y que a la vez estén exigiendo que se tenga responsabilidad penal a partir de los 14.

No se espera que una mujer aborte, porque se espera que sea una madre abnegada, sumisa y sacrificada, no importa la circunstancia que sea. Sin embargo, cada vez somos más conscientes de lo que somos y queremos ser y que debemos decidirlo libremente. Todos estos valores que nos mantuvieron esclavizadas caen y desaparecen en el mismo momento que abortamos el feto no deseado. Porque nuestra decisión nos libera y nos cambia la vida. Porque el deseo de ser y saberse mujer prima sobre todo.

Sin embargo, no se debe olvidar que pasar por esta experiencia es doloroso y traumático. El aborto no es una práctica deseable, ni un método de control de la natalidad, ni algo recomendable. Es solamente una situación extrema en donde hay un conflicto de por medio y donde se debería proteger la decisión que tome la mujer, cualquiera que ésta sea.

El deseo de ser madre debe ser la expresión más pura de libertad, en el que nadie se inmiscuya, para que esta experiencia sea enriquecedora. Donde la capacidad

creadora de la mujer pueda desarrollarse al máximo, dentro de un proceso de cambios, que de por sí son muy dolorosos, violentos, complejos y únicos. Capaces de ser experimentados sólo a través de cada cuerpo femenino, con tiempos biológicos y psicológicos individuales, diferenciados entre sí y con evolución propia.

Lo que se esconde detrás de gran parte del debate sobre el aborto, no es la naturaleza del feto, sino a quién corresponde controlar el cuerpo de las mujeres, que es una forma efectiva de control social patriarcal. Ninguna nueva ley del aborto, aunque sea de plazos, solucionará definitivamente esta cuestión, inserta en la naturaleza de las relaciones sociales capitalistas y patriarcales. El control de nuestro cuerpo y nuestra sexualidad es uno de los ejes de la cuestión de género, y no se resolverá hasta la construcción de una nueva sociedad igualitaria. Mientras tanto, debemos luchar por la defensa y mejora de nuestras condiciones de vida, por encima de las leyes y derechos que establezca el gobierno de turno. Los abortos tienen que realizarse gratuitamente a través del sistema público de salud, en un ambiente acogedor para la mujer y con una atención psicológica y afectiva, tanto anterior como posterior, según nuestras necesidades, y no las de la ley. Lxs que sufrimos y disfrutamos a diario la sanidad pública sabemos lo lejos que está de ser ideal. Debemos desarrollar y fomentar un mayor autoconocimiento de nuestra salud para un mayor control de nuestras vidas, y ejercer la presión necesaria, tanto a nivel colectivo como individual y local, para conseguir que las mujeres tengamos el futuro en nuestras manos.

Aborto y maternidad. En ningún momento aborto o maternidad.

Las clases en la sociedad capitalista

Introducción

Desde que empezamos a editar el Ruptura siempre lo hemos planteado más como una pregunta que como una respuesta. Una invitación a la reflexión y al análisis más que un intento de sentar cátedra, aunque no todos lo hayan tomado así. Por eso nunca hemos tenido reparos en plantear nuestras dudas ni tampoco en defender nuestras convicciones. En el número 2 intentábamos dejar claro que nuestra reivindicación de una postura de clase partía de la intuición de que es una realidad fundamental que determina nuestras vidas y el mundo en el que se desarrollan, y no de la adhesión a una ideología determinada. Sin embargo, como algunos nos han criticado, no habíamos entrado en ningún número a explicar con detalle qué son para nosotros las clases, qué entendemos por proletariado y burguesía, qué significa la lucha de clases y, sobre todo, qué importancia le damos a todas estas realidades. En este artículo trataremos de hacer una primera aproximación al análisis de las clases en la sociedad capitalista

Antes de empezar nos gustaría hacer una serie de matizaciones. Nosotros no estamos interesados en un análisis de tipo académico, lo que no significa que tengamos que limitarnos a decir cuatro simplezas, así que como no basamos nuestro "prestigio" ni nuestro trabajo en la validez de nuestra teoría, no tenemos ninguna necesidad de defenderla con uñas y dientes si alguien nos demuestra que nos equivocamos. Igualmente, entendemos que hay cuestiones importantes y otras que no lo son tanto, o en las que no merece la pena detenerse, por reales que sean. Tampoco estamos suscritos a ninguna ideología (marxista, anarquista, situacionista, insurreccionalista etc.), así que no necesitamos repartir unas cuantas citas de este o aquel autor para respaldar nuestros argumentos, aun cuando hayamos utilizado sistemáticamente a dichos autores, y si lo que decimos no cuadra con ortodoxias, invarianzas o principios, tácticas y finalidades, peor para ellas.

Lo que nos interesa entender de qué es el proletariado y qué es lo que implica ser proletario, o burgués, es comprender mejor cómo funciona el capitalismo pero, sobre todo, comprender mejor cómo funciona su destrucción: los conflictos, contradicciones y crisis que se producen en su seno. Para ello consideramos necesario entender cómo el capitalismo se fundamenta en la explotación y la dominación de una clase por otra, y los modos característicos en los que éstas se presentan. Esto no significa que el capitalismo y sus conflictos puedan reducirse

exclusivamente a las luchas laborales. De hecho, como trataremos de explicar, el aspecto laboral o económico, por importante que sea, es simplemente uno de los aspectos de la lucha de clases. Por estos motivos nos centraremos fundamentalmente en los aspectos de nuestra realidad más cercana como proletarios y no dedicaremos mucho tiempo a relaciones que, aunque importantes para comprender la sociedad, nos quedan bastante lejanas a la hora de la práctica, como por ejemplo las relaciones entre diferentes tipos de capitalistas, etc.

Las clases sociales en el capitalismo

El capitalismo es una sociedad basada en la producción e intercambio de mercancías. Esto significa en última instancia que para adquirir cualquier servicio u objeto necesario para vivir hay que tener el dinero para comprarlo. En principio se podría pensar que lo que caracteriza a las diferentes clases es la forma en la que obtienen el dinero: los trabajadores reciben un salario y los capitalistas una parte de la plusvalía que aquellos generan, un beneficio. Sin embargo, esto es más bien una consecuencia de pertenecer a diferentes clases que lo que las define: los trabajadores reciben un salario por el hecho de ser trabajadores, y no a la inversa. Lo que define a las clases es su relación con los medios de producción y, a través de estos, con el resto de la sociedad, con el resto de clases. El proletariado se define en primer lugar en negativo, como aquel que está desposeído de todo medio de producción que no sea su propia capacidad para trabajar. Obviamente, esto es así porque existe otra clase social, la burguesía, que es propietaria de los medios de producción necesarios para reproducir esta sociedad. Lo importante aquí es lo que esta desposesión nos impone en el día a día: los proletarios no contamos con los medios y mecanismos para llevar la

vida que queremos, para producir la sociedad en la que queremos vivir, por lo que para sobrevivir en la sociedad capitalista necesitamos dinero para comprar las mercancías que aquella produce. Para conseguir el dinero o las mercancías necesarias, los proletarios sólo tenemos tres formas de conseguirlo: trabajando, robando o mendigando. El que haga una cosa u otra es decisión "libre" de cada proletario, ya que, a diferencia de otros tiempos y lugares, como los esclavos o los siervos, los proletarios, al ser jurídicamente iguales a los burgueses, no estamos obligados a trabajar para ellos, pudiendo "elegir" entre venderles nuestra fuerza de trabajo... o morirnos de hambre. Evidentemente esta "libertad" y esta "elección" son puramente formales y esconden tras de sí la necesidad de trabajar para algún capitalista[1], pero aún así tienen una importancia crucial para el funcionamiento del sistema capitalista y, como veremos más adelante, para sus mecanismos de dominación.

Sin embargo, como decíamos, el trabajo asalariado no es la única opción que tienen los proletarios para sobrevivir. Pedir o tomar son las otras formas que le quedan a aquellos que no puedan o no quieran encontrar un trabajo asalariado. Hoy en día esto puede parecer meterse en pajas mentales, ya que la mayoría de la gente "normal" dedica la mayor parte de su tiempo a trabajar. Pero si vamos un poco más allá de las apariencias, vemos que generalmente nadie deja escapar la oportunidad para agenciarse algo en el curro, descargarse unas pelis, engañar a la báscula en el hiper, etc, etc.[2]

---

[1] La otra cara de la moneda es que el capitalista es igualmente libre de contratar o despedir a este o aquel proletario, y no tiene, como sí tenían amos y señores, ninguna obligación con sus trabajadores, pero tampoco ningún poder directo sobre ellos, más allá de la jornada laboral. Que la explotación se lleve a cabo bajo la forma la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo entre sujetos jurídicamente iguales es lo que caracteriza al capital.

[2] En los inicios del capitalismo, en la llamada acumulación originaria (que bien podría llamarse desposesión originaria) despojo a gran parte de la población campesina de sus medios de vida y destruyó todos los lazos comunitarios. En muchos casos estos desposeídos no tenían ninguna forma de ganarse la vida, en otros muchos s se negaban a someterse a la disciplina del trabajo asalariado. En ambos casos por elección u obligación acababan dedicándose a la mendicidad, otros muchos al robo, y la mayoría alternaba entre éstos y el trabajo, vagando de aquí a allá. En Inglaterra y otros países de Europa, fue necesario el establecimiento de leyes de pobres para encarcelar a los vagabundos en asilos o las llamadas *Work Houses*. En Inglaterra, por ejemplo, se endurecieron las leyes contra los delitos contra la propiedad (entre 1660 y 1820 el número de crímenes castigados con pena de muerte aumentó en 190, la mayoría de ellos delitos contra la propiedad, en 1785, por ejemplo, la pena de muerte fue aplicada casi exclusivamente por delitos económicos) o el desarrollo de nuevas formas de moralidad específicamente dirigidas a combatir el vagabundeo, el abandono de los familiares, a exaltar el trabajo manual, etc. Es decir, para

El que la gran mayoría de los proletarios tenga como fuente casi exclusiva o mayoritaria de dinero el trabajo asalariado no es motivo para hacer de éste lo que define al proletariado, ya que es la existencia del proletariado lo que, tanto histórica como lógicamente, determina la existencia del trabajo asalariado, aunque posteriormente la relación capital-trabajo reproduzca y refuerce la división entre proletariado y burguesía[3]. Es muy importante recalcar esto por varias razones. De esta forma evitaremos caer en el obrerismo que reduce el proletariado al asalariado, o peor aún, al obrero fabril, pero también en el "antiobrerismo" (y su mitificación de la delincuencia y el "buscarse la vidilla") o en distinciones entre 'incluidos' y 'excluidos'. Con la crisis que estamos sufriendo y los pocos síntomas de recuperación económica que se vislumbran en el horizonte, el número de gente en el paro y/o que se va a ver abocada a formas más o menos ilegales o trapicheras para obtener dinero aumentará, y con ello, tanto la represión como los intentos por enfrentarnos los unos a los otros. Asalariado, parado, ama de casa, estudiante, ladrón... son diferentes formas que el proletariado puede asumir en la sociedad capitalista, pero, en su fluir, constituyen al mismo tiempo otros tantos momentos de una unidad orgánica en la que lejos de contradecirse son todos igualmente necesarios, y esta igual necesidad es la que constituye la vida del todo. Entender que todos somos parte de la misma clase, con unos intereses comunes a largo plazo será crucial para desarrollar formas y prácticas de resistencia contra la crisis.

Clase y determinación

Llegados a este punto es importante preguntarse qué es lo que implica ser proletario o burgués. Las corrientes más deterministas, tanto del marxismo como del anarquismo, han querido ver (o más bien nos han querido hacer ver) en el proletariado poco menos que a un nuevo mesías al que el desarrollo de las fuerzas productivas, o algún otro factor como la educación libertaria, organizarse en un sindicato, etc., llevaría a enfrentarse cada vez más directamente contra la burguesía y acabar implantando el comunismo (libertario si es el caso)... A estas alturas de la película es evidente que esto no es así.

Las relaciones sociales capitalistas se caracterizan porque en ellas las relaciones entre personas son mediadas por cosas (mercancías, medios de producción, billetes, monedas), de forma que dichas cosas

que los proletarios se dedicasen a trabajar fue necesario un proceso largo, costoso y tremendamente violento que combinó el uso de la fuerza, la modificación de las leyes, la evolución de las formas ideológicas, etc.

[3] El principal producto de la relación capital-trabajo es el mantenimiento de dicha relación, reproduciendo la división de clase a nivel individual y colectivo.

adquieren unas propiedades que realmente pertenecen a las relaciones que median. Por ejemplo, las cosas tienen un precio, un valor, por ser producidas en una sociedad en la que una serie de productores y consumidores privados socializan la producción a través del mercado. Igualmente, un dinero en el banco produce un interés, pero lo hace porque el banco se encarga de convertirlo en capital (lo que implica invertirlo en alguna empresa para obtener una cuota determinada de la plusvalía arrancada a sus trabajadores), no porque sea dinero. Esto es lo que tradicionalmente se ha llamado 'fetichismo' de la mercancía, y por extensión, del dinero, del capital, etc.

La otra cara de la moneda es que las personas actúan como personificación de estas "cosas" en las que han cristalizado ciertas relaciones sociales. Cuando entramos en una tienda, para el vendedor no somos nosotros, sino el dinero que hay en nuestro bolsillo o en nuestra cuenta corriente. Igualmente, tras el vendedor lo único que vemos es aquello que hayamos venido a comprar. De la misma forma, para el capitalista sólo somos fuerza de trabajo que explotar, cómo para nosotros éste sólo es la nómina que nos tiene que ingresar[4].

Como dijimos, pertenecer a una clase u otra va a determinar los problemas a los que tendremos que enfrentarnos en la sociedad. Si eres proletario, el conjunto de relaciones sociales capitalistas te obliga a elegir entre trabajar, robar o mendigar para conseguir el dinero necesario para vivir. El que decida robar, tendrá que decidir a quién, a los "ricos" o a los "pobres", y se estará enfrentando directamente con la ley y los medios materiales que la defienden, etc. El que decide trabajar para un empresario, tarde o temprano acabará chocando con él, y no necesariamente porque los proletarios estén siempre dispuestos porque sí al conflicto de clase, sino porque el antagonismo de clase es algo inherente y necesario a la relación entre capitalista y trabajador. Para conseguir un mayor beneficio, el empresario tratará de bajar el sueldo, o de no subirlo, de aplicar mayores medidas de control para asegurarse de que el trabajador no se escaquea, tratará de forzar los ritmos de trabajo, etc., igual que nosotros trataremos de escaquearnos en el curro, trabajar lo menos posible y todas esas pequeñas cosas… No somos nosotros quienes elegimos a la lucha de clases, es la lucha de clases quien nos elige a nosotros.

---

[4] Obviamente la realidad es más complicada, ya que sobre estas relaciones se superponen relaciones y sensaciones de amistad, de odio, de complicidad, de desconfianza... es decir, relaciones humanas.

Los mejores textos para profundizar en la naturaleza fetichista de las relaciones sociales en el capitalismo son el capítulo sobre '*El fetichismo de la mercancía y su secreto*', de libro primero de *El Capital*, y la primera parte de los '*Ensayos sobre la teoría marxista del valor*' de Isaak Ilich Rubin. A pesar de nuestras diferencias con el autor, *El Capital: historia y método*, de Nestor Kohan también tienen varios capítulos sobre el tema muy interesantes.

Ahora bien, lo que la condición de proletario no determina de por sí es qué opción se tomará en cada caso. Las decisiones que cada uno tome serán el resultado de la intersección de diferentes factores: culturales, tradicionales, la educación recibida, la situación personal de ese momento, experiencias anteriores, cómo responda el resto de compañeros, la competencia con otros proletarios, etc. La "suma", por así decirlo, de todos estos factores es lo que determinará en último término si alguien decide okupar una casa, comprarla o alquilarla, si se roba un banco, en el súper de la esquina o a la salida de un cajero del barrio, si se planta cara a la humillación por parte del jefe o se agacha la cabeza, si se decide luchar por un aumento de salario o buscarse otro curro… Nuestros actos no son, ni mucho menos, actos reflejos frente a nuestra posición de clase, los proletarios no somos perros de Pavlov, viajamos con nuestra propia historia a cuestas y en última instancia, la síntesis de todas nuestras experiencias pasadas y presentes es lo que decide nuestro comportamiento frente a una campanilla. Por resumirlo de una forma sencilla: la posición de clase nos plantea las preguntas, pero somos nosotros los que elegimos las respuestas.

No hay nada que asegure que un día el proletariado se levante glorioso y luche por instaurar el comunismo. Lo único seguro es que esa es la única forma de librarse colectivamente del capitalismo y sus alienaciones, a través de la revolución social. Que los proletarios decidamos liberarnos "destruyendo el orden social

actual" o seguir soportando la explotación y la alienación capitalista es una cuestión diferente, relacionada, pero diferente en la que entraremos más adelante.

Lo mismo puede decirse de la otra gran clase de la sociedad capitalista. Aunque a veces pinten a los capitalistas como unos malvados señores con chistera y látigo, la realidad es bastante diferente. De hecho, seguramente habrá algunos que sean bellísimas personas, pero si quiere sacar beneficio, si quiere que su capital fructifique, tarde o temprano tendrá que apretarles cada vez más las tuercas a sus trabajadores. Esto es así no por algún tipo de maldad congénita del capitalista, sino porque la competencia del resto de empresarios le obligará a ello: quiera o no quiera. Si quiere, bien, y si no, algún

otro estará dispuesto a hacerlo por él. Aunque sólo sea por aclarar, diremos que los medios de producción no son inmediatamente capital, ni su posesión le hace uno inmediatamente capitalista, para ello es necesario que se usen para obtener plusvalía mediante la explotación de los trabajadores. Así, un carpintero o un traductor *freelance* que trabajan como autónomos en su pequeño local o en su casa, y con sus pocas herramientas, no son, evidentemente, capitalistas por el hecho de poseer sus propios medios de producción, pero sí lo sería si, por ejemplo, contratase a algún ayudante, que trabajara en el mismo pequeño local y utilizando esas mismas herramientas. Si alguien tiene alguna duda de esto, que piense cómo respondería nuestro carpintero si el ayudante le pide que le doble el sueldo. El capital no es un conjunto de cosas, sino una relación social entre personas mediada por cosas.

La clase como relación social

Es importante remarcar que todas estas relaciones que se derivan de la propiedad o no de los medios de producción, son abstracciones de la vida real y por tanto no son necesariamente excluyentes entre sí. Si confundimos las abstracciones que construimos para comprender la realidad con la realidad misma llegamos a conclusiones erróneas, la más común de ellas es intentar encajar a cada persona en una clase cómo si éstas fuesen casilleros sociológicos.

Si bajamos a la realidad nos encontramos con una complejidad mucho mayor, que se escapa a estos intentos de catalogación unilateral típicos de la sociología positivista. Para evitar esto hay que remarcar que, como toda categoría social, las clases son abstracciones de una relación social, de un conjunto de relaciones sociales. La esencia del proletariado es el conjunto de relaciones sociales que se ve obligado a establecer por su desposesión de los medios de producción. Lo mismo podría decirse del capitalista. Pertenecer a una clase es una forma de estar en la sociedad, de relacionarse con ella.

Por ejemplo, antes hemos dicho que ama de casa, asalariado, parado, ladrón, estudiante, etc. eran diferentes formas concretas en las que podía expresarse el proletariado en la sociedad capitalista. En realidad, todas estas categorías no expresan sino formas de relacionarse con el resto de la sociedad. No se pueden considerar cada una en abstracto, aisladas de la totalidad de relaciones sociales. Entre otras cosas esto implica que no se puede tratar de encasillar a cada persona en alguna de estas formas, como si fuesen excluyentes. Lo normal es que como proletarios pasemos de una a otra a lo largo de nuestra vida (universidad-paro-trabajo precario-paro-módulo formativo-trabajo-....), y que combinemos varias a la vez (cuántas amas de casa se machacan antes ocho horas al día en el trabajo, cuántos tratan de sacarse un módulo/carrera a la vez que trabajan, cuántos cobran subsidio mientras trabajan en negro).

Tampoco tiene sentido oponer trabajadores a "delincuentes", como si fuesen entidades puras excluyentes. Venga de donde venga esta idealización, desde el obrerismo o desde la mitificación de la delincuencia, es simplemente falsa. Dejando de lado los casos más extremos, la mayoría de las veces el proletario se gana la vida recurriendo fundamentalmente al trabajo, sin despreciar el robo siempre que sea posible (y sobre todo poco probable que le pillen): robos en el tajo, pequeños hurtos en la compra, descargas en internet, okupación de casas abandonadas, etc. Últimamente, la precariedad ha hecho que muchos padres actúen de colchón monetario de sus hijos, manteniéndoles mientras trabajan antes de independizarse e incluso después, algo que, formalmente al menos, no se diferencia mucho de la mendicidad (dar dinero a alguien a cambio de nada).

Una vez que pasamos de la lógica de los casilleros (cada persona clasificada en una categoría abstracta pura) a la lógica de las relaciones sociales (cada persona "atravesada" por relaciones que conforman y determinan los problemas, contradicciones y conflictos a los que se enfrenta) vemos que la realidad concreta es la síntesis de múltiples determinaciones y, por lo tanto, unidad de lo múltiple.

Esto es lo que ocurre cuando una misma persona se ve atravesada simultáneamente por dos posiciones de clase contradictorias, relacionándose a través de ellas con personas distintas. Por ejemplo, nada impide que alguien sea socio de una empresa "a media jornada", siendo personificación por tanto del capital, y trabaje en una oficina "la otra media", siendo por tanto personificación del trabajo, aunque esto no sea lo más normal. Simplemente se enfrentará a diferentes problemas en las diferentes facetas de su vida, y probablemente les haga a sus empleados lo que sus jefes le hacen a él. Podríamos decir que se encuentra en una posición contradictoria. En este caso concreto no encontramos ningún tipo de relación diferente de las ya tratadas. Frente a un grupo de personas se relaciona como un asalariado, frente a otros como un capitalista. Sólo si nos centramos en el individuo y tratamos de clasificarle, parece que es capitalista Y trabajador (¿sería entonces clase media?). Si cambiamos la perspectiva hacia las relaciones que mantiene, lo que vemos es que, o bien es capitalista, o bien es asalariado.

Este último ejemplo nos permite cambiar la perspectiva desde una concepción de la clase como un conjunto definido de individuos, a la concepción de la clase como, por así decirlo, un conjunto de relaciones sociales que atraviesan a los individuos, posicionándolos y enfrentándolos de manera antagónica. En principio puede parecer extraño concebir las clases sociales en términos de relaciones sociales y no de grupos de personas. Sin embargo, al igual que el capital no es un conjunto de cosas sino una relación social entre personas mediada por cosas, la clase no es un conjunto de personas sino un conjunto de relaciones entre personas media-

das por cosas: dinero, mercancías, medios de producción.

¿Cuáles son estas relaciones? Aunque como dijimos anteriormente el proletariado no puede ser reducido a los trabajadores asalariados, las relaciones que establecen los proletarios entre sí y con el resto de la sociedad dependen esencialmente de la relación entre asalariado y capitalista, ya que, lo queramos o no, la burguesía obtiene sus beneficios de la explotación basada en esta relación. En cuanto proletarios, las relaciones que establecemos entre nosotros están mediadas por las relaciones que nos enfrentan a los capitalistas. Los trabajadores de una misma empresa se enfrentan entre sí por los favores del jefe, por el puesto de encargado, etc. Los parados compiten con los trabajadores por un puesto de trabajo. Los estudiantes no son más que mercancía fuerza de trabajo en proceso de formación para el mercado laboral, esa es la esencia de la educación capitalista. Las amas de casa son las encargadas de la reproducción privada de la fuerza de trabajo, su dependencia respecto del marido es la expresión familiar de una determinada relación de clase. El robo, el trapicheo, etc. son formas de evitar el trabajo cuando no se quiere trabajar, o de sustituirlo cuando por mucho que se busque no se encuentra curro.

Evidentemente, la gran mayoría de nosotros nos situamos exclusiva o fundamentalmente en uno de los polos de dichas relaciones, lo que permite que el concepto de clase como un grupo de personas tenga una apariencia real, es decir, si cogemos a aquellos individuos que únicamente personifican al trabajo, podemos construir con ellos un proletariado "puro y duro". El problema es que cuando nos dirigimos hacia los límites de esa concepción, las cosas empiezan a no cuajar y aparecen los típicos problemas de las concepciones sociológicas: estratos intermedios, subdivisiones, tener que introducir nuevos criterios clasificatorios, etc. En los siguientes apartados nos ocuparemos de dichos límites.

¿"Clases medias"?

Siempre que se plantea el tema de las clases sociales aparece la cuestión de las llamadas "clases medias", concepto engañoso donde los haya. La idea de que "todos somos clase media" ha sido una de las principales bombas ideológicas que la burguesía ha utilizado contra el proletariado. Como el término en sí no hace referencia nada más que a una posición intermedia entre dos extremos indefinidos, dependiendo de la experiencia de cada uno es fácil convencerse de que uno es "clase media".

Si un trabajador que lleva 20 años currando en una oficina con un buen sueldo se compara con el trabajador precario de la subcontrata de limpieza que está a su lado y con el arquitecto dueño del estudio del piso de arriba, evidentemente él es clase media. Si el precario se compara con el inmigrante ilegal que le vende los cedés y con el oficinista o el arquitecto, él es clase media. Y si el arquitecto se com-

para con el oficinista, el precario y el inmigrante por un lado, y con el banquero al que pedirá el préstamo para la próxima obra, es él la clase media. Y así, gracias a la infinita gradación de salarios y posiciones sociales dentro de o entre varias clases sociales, todos podemos vivir entre el alivio y la envidia de los que están en medio.

Las clases medias son una especie de cajón de sastre sociológico en el que meter a los que aparentemente no cuadran o encajan con cualquiera de los criterios clasificatorios manejados. En general suele englobar básicamente, por un lado, a todos aquellos auto-empleados que no tienen asalariados y a las llamadas "profesiones liberales" (abogados, médicos, etc.), es decir, la llamada pequeña burguesía. Por otro lado, a todos aquellos que ocupan posiciones "intermedias" en la jerarquía laboral: desde el encargado hasta los directivos contratados por las empresas. El primer grupo a veces recibe el nombre de "vieja clase media" y el segundo el de "nueva clase media". En esta sección veremos que en realidad se trata de relaciones sociales diferentes.

La "Pequeña burguesía"

Un término que de tanto lo han sobado los marxistas con sus acusaciones de "pequeño-burgués", casi da grima utilizarlo. Clásicamente se refiere a aquellos que poseen sus propios medios de producción pero que no tienen asalariados a su cargo (por ejemplo los pequeños comercios o talleres artesanales, en los que como mucho hay trabajo familiar no asalariado) y por tanto no explotan a nadie. Lo de "clase media" viene porque comparten características aparentemente asociadas a la burguesía (poseer sus medios de producción, una pequeña tienda o taller, algunas herramientas, etc.) y al proletariado (son ellos mismos los que trabajan). Sin embargo, la realidad es otra. El capital es una relación social, por lo que no basta con poseer medios de producción, hay que utilizarlos para explotar al trabajo asalariado, que no es simplemente trabajo, sino trabajo que se realiza a cambio de un salario. Un pequeño carpintero autónomo, el dueño de un todo a cien o un fotógrafo profesional, no son por tanto capitalistas salvo que contraten a un ayudante asalariado. Tampoco son proletarios ni "trabajadores" salvo en un sentido puramente físico y no social del término.

En realidad cuando hablamos de pequeña-burguesía estamos considerando una relación completamente diferente de las relaciones capital-trabajo, ya que son pequeños productores independientes de mercancías, considerados restos de un "modo de producción anterior" al capitalismo, de ahí el nombre de "vieja clase media". Las relaciones pequeñoburguesas son relaciones confinadas a la esfera de la compraventa de mercancías diferentes de la fuerza de trabajo, relaciones mercantiles entre sujetos formalmente iguales. En tanto que relación social distinta, la pequeña-burguesía se enfrenta a problemas diferentes de los del proletariado. Aunque como relaciones mercantiles son también relaciones fetichistas (ya que se establecen a través de

mercancías) y alienadas (ya que son sometidos por el producto de su propia actividad enajenada, en este caso el mercado), esta alienación es completamente distinta de la del proletariado. El asalariado experimenta la alienación como una imposición directa por parte del capital, que sentimos bajo la forma de su autoridad personificada en nuestros jefes o como el agobio de estar sometidos a nuestros medios de trabajo. Sin embargo, el pequeño-burgués experimenta la alienación como el sometimiento indirecto a las leyes impersonales del mercado, la competencia de las grandes multinacionales, las caídas de precios, los intereses que tiene que pagar al banco para mantener el negocio, etc.

¿Soluciones?: Cooperativas, autoempleo…

Las cooperativas merecen una mención aparte, sobre todo por la importancia que le dan muchos como medios para cambiar la sociedad capitalista. Dejamos claro que nos referimos a las empresas cooperativas orientadas al mercado y no a otros posibles esquemas de producción-consumo, cuya crítica va por otro lado. Personalmente, no tenemos nada en contra de los que se buscan la vida montando una cooperativa, nos parece una forma más de buscarse la vida en la sociedad capitalista. Una forma que tiene sus peculiaridades propias. La mayoría de los que optan por el autoempleo, solos o en grupo, tienen en mente, sobre todo, no tener un jefe, gestionar su propio tiempo, ganar en independencia y autonomía, etc. El problema es que en una sociedad capitalista compiten de igual a igual con el resto de empresas por lo que sienten la presión de la competencia como los que más, de forma que la búsqueda de autonomía y no tener jefes acaba convirtiéndose en responsabilidades, curros interminables, agobios varios y lo que muchos que lo han sufrido defi-

nen como "autoexplotación". Formalmente, las cooperativas sufren en colectivo, lo que los pequeños comerciantes sufren en individual, lo que puede traducirse en problemas colectivos internos cuando la presión del mercado aprieta, o cuando hay que hacer frente a las malas rachas. Las buenas rachas no son mejores ya que, en general, no es fácil meter a gente nueva en cooperativas ya establecidas.[5]

Por los problemas mencionados, no consideramos que el establecimiento de este tipo de proyectos autogestionados de tipo cooperativo sea una vía útil para el cambio social, menos aún cuando se mezclan con proyectos de tipo político (lo que los más pedantes del lugar han llamado "empresarialidad biopolítica"), en los que los éstos últimos pueden tener que llegar a sacrificarse a las necesidades económicas de la cooperativa.

Un caso distinto es el de las fábricas recuperadas, abandonadas por sus dueños y puestas en marcha de nuevo por sus trabajadores. Aunque creamos que a medio, largo plazo presentan los mismos problemas que las cooperativas, las fábricas recuperadas surgen de una situación extrema en la que los trabajadores tienen que salir adelante, y no ganamos nada yendo de puros criticando por criticar, pero tampoco vendiéndoles la moto de la autogestión o de que son el germen de la sociedad nueva. En realidad, habrá que posicionarse en cada caso concreto, ya que, por sí sólo, el que unos trabajadores tomen las riendas de su fábrica puede significar mucho o nada[6].

---

5 "(…)*debido a la competencia, la completa dominación del proceso de producción por los intereses del capital —es decir, la explotación más despiadada— se convierte en una condición imprescindible para la supervivencia de una empresa.*

Esto se manifiesta en la necesidad de, en razón de las exigencias del mercado, intensificar todo lo posible los ritmos de trabajo, alargar o acortar la jornada laboral, necesitar más mano de obra o ponerla en la calle..., en una palabra, practicar todos los métodos ya conocidos que hacen competitiva a una empresa capitalista. Y al desempeñar el papel de empresario, los trabajadores de la cooperativa se ven en la contradicción de tener que regirse con toda la severidad propia de una empresa incluso contra sí mismos, contradicción que acaba hundiendo la cooperativa de producción, que o bien se convierte en una empresa capitalista normal o bien, si los intereses de los obreros predominan, se disuelve." *Reforma y Revolución.* Rosa Luxemburgo. No citamos este texto como argumento de autoridad, sino porque fue escrito en ¡1899!. Como se ve, no somos muy originales en nuestra crítica, claro que tampoco hacía falta serlo.

6 Por ejemplo, el Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas (Argentina) dijo, a propósito de la película *La Toma* de Naomi Klein, "*Lamentamos que se quiera utilizar la recuperación de fábricas para una acción política internacionalista dentro de la lucha de clases antiglobalizadora con un claro matiz ideológico marxista y, desde esta mirada de materialismo dialéctico, es visto todo este proceso. Desde este Movimiento no estamos de acuerdo ni con el Título LA TOMA, ni con la consigna OCUPAR, RESISTIR Y PRODUCIR, ni con el guión de la película.*" Se puede ver el texto completo en: www.fabricasrecuperadas.org.ar/spip.php?article49

Atravesados por la contradicción

El segundo grupo que se suele incluir en la clase media es el que formarían todos los "mandos intermedios" de la jerarquía laboral. Dependiendo de los criterios o los autores esto incluiría desde un encargado a un alto directivo. No hace falta haber ido a la universidad para ver que un alto ejecutivo del Santander no es lo mismo que el encargado de un McDonalds o el supervisor de un *call-center*. Pero tampoco hay que ser muy listo para ver que, en el fondo, un jefe es un jefe. Esta aparente contradicción tiene una solución relativamente sencilla: representa una realidad que es en sí misma contradictoria. Nos explicamos.

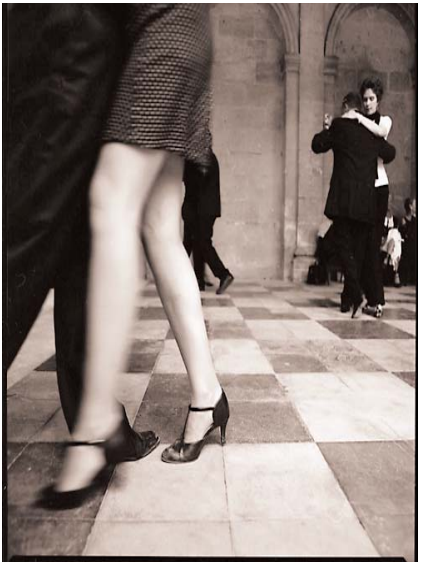
En el fondo el capitalista no es más que la personificación de una relación social, es decir, representa uno de los polos de dicha relación (igual que el asalariado representa el otro polo). En tanto que propietario de los medios de producción, ser personificación del capital básicamente implica dos cosas: la organización y supervisión del proceso de trabajo, y la propiedad de los productos de éste, en última instancia el derecho a una parte de la plusvalía. El desarrollo del capitalismo ha permitido que estas funciones se disocien parcial o totalmente: gracias a las acciones, bonos, etc. se puede obtener beneficio sin mancharse las manos supervisando un negocio (los llamados "rentistas") y se puede supervisar un negocio sin ser el dueño del mismo. Esta última es, sin duda, la figura más controvertida: del encargado a los ejecutivos. Dejaremos de lado a éstos últimos[7] para centrarnos en aquellos proletarios que ocupan posiciones de supervisión en los trabajos. Nada impide que se pueda contratar a un proletario para que actúe como representante del capitalista y, por tanto, como personificación del capital. Esto no hace que deje de ser proletario, tampoco deja de ser asalariado, simplemente se convierte en una especie de "representación asalariada del capital" y, como tal, es atravesado por relaciones contradictorias, ya que frente a sus subordinados es representación del capital, mientras que frente a sus superiores en la jerarquía laboral es representación del trabajo. Podríamos decir que la explotación del trabajador por el capital se realiza aquí a través de la explotación del trabajador por el trabajador. ¿Qué implica esto en la práctica? Que se enfrentará simultáneamente a los problemas que confronta el capital (cómo conseguir una mayor eficacia, mayores beneficios) y los que confronta el trabajador (tener un superior que le organiza el trabajo, sentir

[7] Los ejecutivos nos interesan bien poco, ya que apenas nos afecta en nuestra práctica cotidiana, si la mencionamos es para aclarar todas esas críticas que los utilizan como ejemplo de "trabajador", etc. Sin embargo hay que matizar que en la mayoría de los casos, su "salario" es una forma encubierta de participación en el beneficio. Por no hablar que gran parte de sus rentas se les ofrecen en forma de participaciones en la empresa, "stock options", etc. Es decir, participaciones en el capital.

la presión del desempleo o la competencia de otros proletarios, sus subordinados, dispuestos a ocupar su puesto, etc.) teniendo que elegir en cada caso de qué-parte se pone.[8]

Otro caso particular de relaciones de clase contradictorias es el que se da con la llamada "financiarización de las economías domésticas". Esta se presenta mayoritariamente bajo dos formas: cuando los ahorros son activos financieros, como acciones, bonos, etc. o cuando los fondos de pensiones son privados (algo que en muchos países no es una opción, sino una necesidad). Cuando esto ocurre, los ahorros del individuo se convierten (o han sido convertidos) en capital, por lo que él mismo de alguna forma se convierte en una minúscula personificación del capital, que si bien casi nunca ve beneficios (en realidad lo poco que le toca simplemente compensa la depreciación de sus ahorros con el tiempo) siempre corre el riesgo de perderlo todo en alguna caída bursátil. Sin duda esto puede parecerle a muchos un simple matiz, pero cuando tus pensiones dependen de un fondo organizado por un banco ¿estarás a favor o en contra de que el estado lo rescate cuando esté al borde de la quiebra?

Esto no significa que unos u otros sean clase media, ni que pertenezcan a una



clase distinta, sino que se encuentran atravesados por relaciones de clase contradictorias, relaciones que son las mismas que hemos visto antes en "forma pura" entre asalariado y capitalista. Si tratamos de encuadrar a un encargado en una clase, o tratamos de entender las manifestaciones de los que lo perdieron todo tras la quiebra de Lehman Brothers, nos encontraríamos con los problemas comentados anteriormente, pero si miramos más allá de las personas, a sus relaciones sociales, lo que aparentemente parece una contradicción se demuestra que realmente es una contradicción.

[8] Cuando en las fábricas se empezaron a introducir los métodos "toyotistas", en los que se pedía la cooperación de los trabajadores en grupos para hacer más eficaz la producción, los delegados que representaban al grupo frente a los jefes empezaron a ser dejados de lado y tratados como jefes, a pesar de haber sido elegidos democráticamente por los trabajadores… John Holloway, *La rosa roja de Nissan*. Puede encontrarse en *Keynesianismo: peligrosa ilusión*. Ed. Herramienta.

Autónomos

Los llamados 'trabajadores autónomos' merecen una consideración aparte ya que constituyen una etiqueta jurídica que es un verdadero cajón de sastre de condiciones y relaciones sociales[9]. Es obvio que hablar de "trabajadores autónomos" como una realidad supuestamente homogénea es dejarse confundir por categorías legales que esconden lo que ocurre en realidad. No entraremos en los casos que ya hemos tratado: pequeños empresarios o dueños de pequeños comercios (tiendas, talleres, peluquerías, etc.). Nuestro interés está en las formas de trabajo asalariado que se esconden bajo el nombre de "trabajo autónomo", y las diferentes confusiones que pueden causar.

El caso más obvio y evidente son los llamados "falsos autónomos": asalariados a los que su jefe da de alta en autónomos para convertir una relación laboral empresario-asalariado en una relación mercantil entre empresas, con las consiguientes ventajas económicas que esto le reporta. No hay mucho que decir sobre este caso ya que incluso se considera ilegal, sin embargo, existen otras formas de "trabajo autónomo" legales que en esencia son formas de trabajo asalariado y, por tanto, formas encubiertas de relaciones de clase.

La primera y más evidente es la que recientemente ha sido regulada bajo la denominación de "trabajo autónomo dependiente". Sus características principales son que el 75% de sus ingresos debe proceder un único cliente, no tener asalariados a su cargo y debe poseer "infraestructura productiva y material propios" que sean "relevantes económicamente", es decir, debe aportar parte de los medios de producción. A cambio se les reconocen parcialmente ciertos "derechos" reservados a los asalariados como vacaciones, indemnización en caso de ruptura de contrato injustificada, estar bajo la jurisdicción social y no la mercantil, etc. Es decir, de alguna forma las propias leyes reconocen que se encuentra en una situación "intermedia" entre el trabajo asalariado y el contrato entre empresas. Sin embargo, la realidad pasa por encima de las leyes ya que el trabajador autónomo que está en una situación de "dependencia" no tiene la capacidad de conseguir que se le reconozca como tal, y el empresario del que depende no tiene ningún interés en que así sea. Esta relación de clase encubierta se manifiesta en que entre la aparición de esta figura jurídica en julio de 2007 y junio de 2008 sólo 1.069 trabajadores se habían acogido a este régimen, mientras que un estudio de

[9] Según los datos del ministerio de trabajo, en diciembre de 2008 de los aproximadamente 2.150.000 autónomos "propiamente dichos", el 80% no tiene asalariados. El otro 20% tienen entre 1 y 5, de los cuales la mitad tienen un único asalariado. Otros 800.000 son "socios de sociedades" que son socios de diferentes tipos de pequeñas y medianas empresas. 200.000 más son "familiares colaboradores" de trabajadores autónomos. Por último unos 150.000 son consejeros y administradores de empresas con al menos un tercera parte del capital social de la empresa. La mayoría de estos casos ya han sido tratados de una u otra forma.

la Asociación de Trabajadores Autónomos de 2005 cifraba en casi 400.000 el número de trabajadores autónomos dependientes en España[10].

Por último nos encontramos a lo que la mayoría tenemos en mente cuando hablamos de trabajadores autónomos. Alguien, dueño de unos pocos medios de producción, que "presta servicios" a una empresa mayor o a un cliente particular, por lo que aparentemente podría considerarse una "empresa individual". Como hemos repetido a lo largo del artículo, al hablar de clases debemos centrarnos en las relaciones que establecen las personas. Aunque sea el mismo trabajador, las relaciones de clase que establece son distintas dependiendo de si vende directamente su trabajo en el mercado o de si es subcontratado por otra empresa, que es lo que realmente significa "prestar servicios". En el primer caso es la misma relación que tratábamos en el apartado de la pequeña burguesía, una relación puramente mercantil de compra-venta, da igual que se vendad un producto o un servicio. En el segundo caso, aunque también pueda establecerse la misma relación, son más interesantes los casos en los que bajo un supuesto contrato entre empresas se mezcla una relación asalariada encubierta en la que el trabajador es propietario, real o formal[11], de parte de los medios de producción. Es decir, es como si el contratista por un lado alquilara una parte de los medios de producción y por otro, comprara fuerza de trabajo, a cambio de un salario a destajo, bajo la forma de una prestación de servicios. De esta forma se ahorra los gastos de mantenimiento de parte de los medios de producción, que corren a cuenta del autónomo, y además hace que parte de la supervisión del trabajo la realice el propio trabajador. Este tipo de relación es muy útil en trabajos que se realizan de forma dispersa, donde parte de los medios de producción no es excesivamente costosa, y por tanto asumible por el trabajador en forma de *leasing*, préstamo, etc., y donde la productividad del trabajo depende más de la mano de obra que de la maquinaria. El sector del transporte, la construcción y nuevos sectores como diseñadores, traductores-editores, programadores, operadores de cámara free-

---

10 Fuentes: noticiasemprendedores.blogspot.com/2008/07/qu-es-el-trabajador-autnomo.html, www.autonomos-ata.com/informes/INFORMEDELTRABAJADORAUTDEPENDIENTE.pdf

11 Decimos real o formal, porque muchos supuestos dueños de los medios de producción, no lo son más que en términos nominales, ya que en realidad "sus" medios de producción "pertenecen" al banco que les ha dado el préstamo para que los compre, y apoderarse de parte de su trabajo a través de los intereses.

lance, etc. son algunos de los que mejor se acoplan a estas "nuevas" formas de trabajo asalariado.[12]

La cuestión fundamental es que, al ser poseedor de sus propios medios de producción, el "autónomo" se ve inmerso en ambos tipos de relaciones. Por un lado puede actuar como productor independiente, por ejemplo si un cámara decide grabar un documental marginal que luego intenta vender a *Callejeros,* o si un historiador decide preparar una enciclopedia sobre el arte austrohúngaro que luego intenta colocar en alguna editorial. Pero tanto uno como otro pueden ser contratados por la productora del programa o una editorial universitaria para rodar el programa o preparar la colección. Aunque el trabajo es el mismo, y seguramente lo hagan con sus mismos medios (cámaras, micros, ordenadores), el control sobre el proceso de producción y la propiedad del producto final son totalmente distintos. Esto no está limitado a trabajos "creativos" o "inmateriales", ya que lo mismo se puede decir de unos electricistas contratados para hacer unas chapuzas en casa de unos particulares o subcontratados por una constructora para hacer la instalación de la obra. El mal llamado "trabajo autónomo postfordista", denominación confusa bajo las que se han agrupado generalmente actividades pomposamente denominadas "cognitivas", que suelen incluir tareas de "diseño", traducción, informáticas (programación, maquetación…), investigación, etc., o "afectivas", cuidado de personas mayores, niños, discapacitados, etc. puede presentar las mimas relaciones de clase que albañiles, fontaneros o transportistas. El que los primeros puedan tener una serie de problemáticas concretas relativamente novedosas como la "dominación de los saberes", la "mercantilización de las capacidades afectivas", la alienación de las capacidades comunicativas, el consumo excesivo de cocaína o el arribismo fiestero, no implica nada ya que el albañil o el electricista también tienen las suyas propias, que por viejas no dejan de ser importantes, como trabajar bajo la lluvia, a -10 grados en invierno, morir electrocutado, aplastado o alcoholizado.

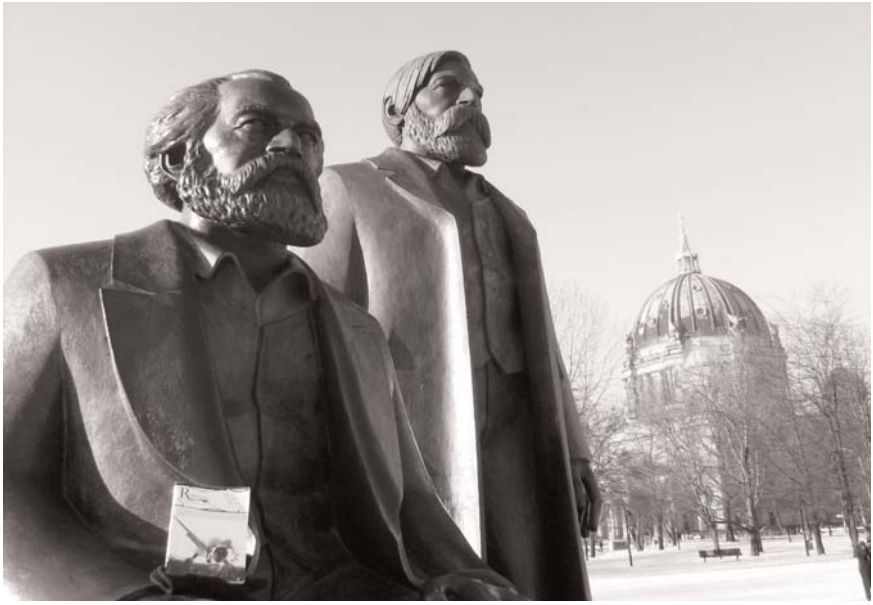
Algunas bases materiales de la dominación capitalista

En este apartado no vamos a tratar los mecanismos represivos y de control de

[12] Entrecomillamos lo de "nuevo" porque el sistema es sospechosamente parecido a la llamada industria doméstica, generalmente textil, de los inicios del capitalismo (siglos XV-XVI) llamada también *"putting out system"* o *"verlagsystem"* en la que un comerciante daba materias primas a unos artesanos o campesinos para que las trabajaran en sus propias casas, y luego las recogía para venderlas.

los que tanto nos gusta hablar a los anticapitalistas. Aunque es evidente que el capitalismo no podría sobrevivir sin ellos, también es evidente que no sobrevive sólo gracias a ellos. Lo que aquí vamos a tratar son algunas bases materiales de la llamada "servidumbre voluntaria", realmente imprescindible para el mantenimiento del orden y la paz capitalista. A menudo se considera que esta servidumbre es la consecuencia de la ideología dominante que nos inyectan a través de la TV, los medios, la escuela, etc. Básicamente, "la gente no se rebela porque está engañada, atontada, etc.". Aunque en parte esto es cierto, toda ideología es una representación parcial, superficial de la realidad, por lo que entender la base real sobre la que asienta la ideología es crucial para combatirla.

El capitalismo no es sólo el centro de trabajo, es también el centro comercial. Ambas esferas, producción y circulación, conforman el todo orgánico que constituye el capital. La relación de clase tiene sus bases en la producción, y de hecho es en el trabajo donde se manifiesta más claramente, pero, como veremos en la próxima sección, impregna todas las relaciones sociales. Sin embargo, en la esfera de la circulación las cosas son diferentes. En el mercado aparentemente no hay clases sociales, formalmente todos somos compradores y vendedores libres. Ciudadanos atomizados jurídicamente iguales, con los mismos derechos. Aunque en el capitalismo la igualdad formal de los ciudadanos independientes esconde la desigualdad material de las clases, separación e igualdad jurídica constituyen las bases mate-



riales de dos de los grandes pilares ideológicos del capitalismo: el individualismo y el "arribismo".

No es del todo cierto que la gente "no se entere" o "esté engañada". Muchos saben que son unos curritos que se matarán a trabajar toda su vida, y que su jefe vive mucho mejor que ellos. Conclusión: muchos quieren convertirse en jefes. ¿Los hace esto menos proletarios? No. El que uno quiera montarse su propia empresa no le hace a uno estar menos alienado o menos explotado, ni hace que el jefe te vaya a controlar menos o a subirte el sueldo. La cuestión de clase sigue ahí, lo que sí cambia es la manera que tiene de enfrentarse a ella. Las mismas preguntas, distintas respuestas. El capitalismo no ha eliminado ni al proletariado, ni la contradicción entre capital y trabajo. Lo que ha hecho en los últimos años es cambiar radicalmente la manera de afrontarlas. Por un lado que busquemos fundamentalmente soluciones individuales en vez de colectivas, que busquemos salvar nuestro culo en vez de arrimar el hombro con los demás o que vivamos con la esperanza de que lo-que-sea (un despido, un desahucio, un plan de reforma integral…) no nos va a tocar a nosotros: de alguna forma, el capitalismo nos condena al individualismo. Por otro lado, ha conseguido que la única opción concebible para dejar de ser proletario sea la de ser capitalista. ¿Cómo ha conseguido que nos traguemos esta ilusión? Pues porque no es una ilusión, no totalmente al menos. A diferencia del esclavismo o el feudalismo, en el capitalismo realmente es posible dejar de ser trabajador para llegar a ser un empresario y, a priori, realmente está al alcance de cualquiera de nosotros, por lo que el capitalismo nos condena al "arribismo".

La otra cara de esta ideología es que si bien cualquiera puede dejar de ser un proletario, no todos podemos dejar de serlo a la vez. Que si cualquiera puede convertirse en un empresario, también hay que estar dispuesto a explotar y pisar a los demás. O que la mayoría de los "emprendedores" acaban siendo, al cabo de cierto tiempo, proletarios aún más endeudados que antes, o que han endeudado a los familiares y amigos que les avalaron, reforzando la explotación capitalista.

Otro pilar del que se ha hablado mucho es el consumismo. Con el desarrollo del capitalismo, algunos sectores del proletariado de los países occidentales (que no todos, por no hablar de los países no occidentales) ha podido acceder a toda una serie de mercancías: iPods, televisiones, lavadoras, internet, coches… que si bien no eliminan la miseria vital que se sufre en el capitalismo, al menos la hacen más llevadera. Nadie teorizó mejor esto que la Internacional Situacionista. En realidad el caso del consumismo es muy parecido a los anteriores. No se deja de ser proletario por tener una tele, un walkman o youtube en casa, pero es un factor más que influirá en cómo nos enfrentaremos al mundo, incluidas las contradicciones de clase. Y puede influir para ambos lados: amortiguando el conflicto de clase

gracias a una vida más cómoda y un mayor ocio, o sacando a la luz la miseria y la alienación capitalista que ningún tipo de abundancia mercantil puede eliminar.

En nuestra opinión la revolución no trata de "iluminar" a un proletariado que vive engañado. Se trata de establecer lazos de comunicación con los que descubrir colectivamente la otra cara de la moneda de cualquier ideología capitalista, y sobre todo, de poner en práctica alternativas colectivas y solidarias de enfrentamiento con el sistema que sean asumibles por cualquiera. No tiene mucho sentido que nos limitemos a criticar a los sindicatos y a decirle a la gente lo vendidos y burocráticos que son (a la mayoría no les descubrimos nada nuevo) si no somos capaces de construir alternativas de lucha a través de las cuales la gente pueda solucionar sus problemas al margen de, e incluso contra, los sindicatos. No tiene sentido que nos limitemos a desmontar las falacias de la izquierda progre y oenegera si no somos capaces de apoyarlas con una práctica real colectiva, por minoritaria que pueda ser en un principio.

La importancia de las clases sociales

Retomando el tema de las clases, muchos se preguntarán cuál es la importancia real de las relaciones de clase en la sociedad actual y, por tanto, en el "movimiento" anticapitalista. Dejando a un lado a los que directamente niegan la existencia de las clases sociales, muchos, aun reconociendo la existencia de las relaciones de clase, afirman que actualmente no tienen importancia en los conflictos sociales, por lo que nuestra intervención en ellos debería basarse en otros criterios (que sean contra la "dominación", contra el "desarrollismo" o "la tecnología", casi siempre en términos así de genéricos). En el lado opuesto están los que o bien consideran que la lucha de clases es prácticamente lo único que tiene realmente importancia, y que cualquier otro tipo de conflicto es casi "humanismo pequeño-burgués", o bien los que creen que todo es directamente lucha de clases y ven, por ejemplo, en las intervenciones militares "imperialistas" la necesidad de aplastar a un mitificado proletariado local. Finalmente, es evidente que la sociedad capitalista no se divide exclusivamente en clases: existen diferencias de género, de raza, de orientación sexual, culturales, de edad, de color de pelo, etc. Muchas de ellas dan lugar a relaciones específicas de dominación, opresión o discriminación, y por tanto a luchas y resistencias: la lucha de género, contra la opresión racial, las luchas LGTB, de liberación nacional, etc. Muchos colocan estas luchas, incluyendo la de clases, unas al lado de las otras, en ocasiones incluso unas por encima de otras, dando lugar a las llamadas "políticas de la identidad" o los "nuevos movimientos sociales".

Para evitar caer en cualquiera de estas simplificaciones es necesario profundizar un poco más en la esencia de las relaciones de clase. Sólo de ese modo podremos determinar su importancia real así como su relación con el resto de luchas mencionadas.

Los seres humanos somos seres sociales, existimos en y a través de nuestras relaciones con el resto de seres humanos y

con la naturaleza. Estas relaciones son el principal producto de nuestra actividad teórico-práctica, de nuestra capacidad de transformar y comprender el mundo que nos rodea. El principal producto de la praxis humana no son sólo sus resultados materiales (cosas) o mentales (ideas, categorías, conceptos), sino las relaciones humanas y con la naturaleza que conforman nuestra existencia. Sin embargo, estas relaciones no existen de manera abstracta o genérica más que en nuestra mente. En la realidad siempre se presentan bajo formas históricas concretas y transitorias que dependen de las condiciones materiales de la praxis humana[13]. Las relaciones de clase son, de hecho, las formas históricas que adoptan las relaciones humanas en función de la distribución real y formal de los medios a través de los cuales los seres humanos reproducimos las condiciones materiales de la sociabilidad. Concretamente, debido a la distribución y el tipo de propiedad de los medios de producción y subsistencia en la sociedad capitalista, las relaciones humanas se presentan en la forma de relaciones sociales capitalistas, es decir: fetichistas (mediadas por cosas), impersonales, alienadas y, sobre todo, de clase.

Esta pequeña excursión "filosófica" era necesaria para mostrar que las relaciones de clase no son unas relaciones impuestas externamente a la realidad social, sino que la realidad se constituye, se reproduce a través de ellas. Los coches, las casas, lo que comemos, la así llamada "cultura", las actividades tipificadas como ocio, se producen en su inmensa mayoría a través de relaciones de clase capitalistas, es decir, mediante la explotación de unos para beneficio de otros sobre la base de la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo. Los conflictos que se plantean contra la "mercantilización" de la sanidad, de la educación, de la sexualidad, etc. captan esto, pero sólo superficialmente. La mercantilización de lo existente no es la causa, sino la consecuencia de tratar de someterlo a la lógica del capital, y ésta sólo puede ser la lógica de la explotación y la lucha de clases.

[13] Por 'condiciones materiales de la práctica humana' no nos referimos a las "condiciones económicas", ni menos aún a las "condiciones tecnológicas", sino simplemente a los medios a través de los cuales transformamos el mundo y sobrevivimos en él.

A partir de esto es fácil entender cómo se relaciona la lucha de clases con el resto de luchas (de género, contra la dominación racial, etc.). Las relaciones sexuales, las relaciones entre individuos genéticamente diferentes[14], entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos, entre culturas y lenguajes distintos, son el contenido de las relaciones humanas. Todas estas diferencias son diferencias biológicas y etnográficas naturales de las que hacemos abstracción cuando hablamos de relaciones humanas. Cuando las relaciones humanas se presentan bajo la forma de las relaciones de clase, forma y contenido se atraviesan: las relaciones de clase pervierten, subsumen y canibalizan el contenido de las relaciones humanas, y éste tiende a confundirse con la forma histórica que adoptan. Por ejemplo, el capitalismo no ha inventado la dominación de la mujer ya que apareció en el seno de una sociedad que ya era patriarcal. Sin embargo la aparición del capitalismo supuso una transformación brutal de las formas en las que se presenta la dominación de la mujer: la Gran Caza de Brujas, su reducción exclusiva al papel de madre reproductora de fuerza de trabajo, la destrucción física y psicológica de su sexualidad, han sido fenómenos relacionados con la llamada 'acumulación originaria'.[15] Igualmente las relaciones "raciales" han cambiado a lo largo de la historia en función de los intereses y la lucha de clases.[16] Por supuesto, las relaciones de clase pueden verse alteradas por prejuicios raciales, machismo, etc.

---

[14] En el fondo las llamadas "razas" no son más que una de las muchas manifestaciones de la diversidad genética humana. Ver nota 16.

[15] *Caliban and the Witch: Women, The Body, and Primitive Accumulation* (Calibán y la bruja: Las mujeres, el cuerpo y la acumulación primitiva). Silvia Federici. Autonomedia.

[16] Entrecomillamos el término 'raza', porque consideramos que en gran parte es una construcción social basada en que nuestra percepción de la realidad es fundamentalmente visual. Es decir, diferencias biológicas en el color de piel o en caracteres morfológicos (labios, ojos, pelo), que son diferencias reales producto de nuestra evolución, son agrupadas en categorías que llamamos razas, mientras que otras diferencias biológicas como el grupo sanguíneo o las diferentes isoformas de la enzima Alcohol Deshidrogenasa (por ejemplo), que no son perceptibles a primera vista, no dan lugar a tanta controversia..

Hay ejemplos muy interesantes de cómo el capital interfiere con la categoría "raza". El genocidio de Ruanda de 1994 se debió a un enfrentamiento entre la "etnia" hutu y la tutsi, sin embargo estas "etnias" comparten idioma, religión y color de piel, diferenciándose sólo en su estatura media y, de hecho, ellos mismos se reconocen incapaces de diferenciarse a simple vista. Según distintos autores, aunque es posible que existiesen algunas diferencias, fue la colonización belga y alemana la que alentó y exacerbó la separación entre hutus y tutsis (para algunos fueron incluso los que la crearon) como un medio de controlar a la población autóctona, al dar a los tutsis un papel principal en la administración colonial.

Lo fundamental aquí es que el capitalismo no es inherentemente blanco, heterosexual y masculino (o racista, homófobo y machista), sino que es así porque surgió en una sociedad que ya lo era. Las relaciones sociales capitalistas surgieron sobre estos prejuicios, pero los transforman durante su desarrollo: los cambian y, a veces, en respuesta a la lucha de los dominados, tratan de superarlos. Muchas veces se dice que el capitalismo puede acomodar estas reivindicaciones (igualdad de género, "racial", entre diferentes orientaciones sexuales, etc.) en su seno, lo cual sólo es cierto a medias. Por un lado, el que potencialmente pueda hacerlo no significa que pueda hacerlo en cada situación concreta. Sin embargo, lo más importante es que el capitalismo incorpora estas reivindicaciones a su manera, a la manera capitalista. La llamada "igualdad de sexos" se ha conseguido en muchos casos dejando que la mujer pueda asumir comportamientos asquerosos tradicionalmente reservados a los hombres. La igualdad no es, no puede ser, que ahora en la tele salgan musculitos ciclados en tanga al lado de las tradicionales chicas neumáticas en bikini, ni que una mujer pueda tocarle el culo a un hombre en una discoteca, ni que la mujer tenga que trabajar ocho horas fuera de casa y otras tantas más dentro. La "asimilación" y visibilización de la homosexualidad se ha hecho de una forma totalmente comercial, basada en la mercantilización y venta de ciertos clichés y comportamientos estereotipados, dando lugar al llamado 'capitalismo rosa', y así sucesivamente... No hay verdadera liberación ni verdadera igualdad dentro del capitalismo, la división de clases hace que lo único a lo que puede aspirarse es a la "igualdad" y la "libertad" capitalista, que

---

El caso contrario es el de la inmigración irlandesa en Estados Unidos durante el siglo XIX. Por aquel entonces Irlanda era una colonia británica donde los irlandeses estaban tan discriminados como los negros en Estados Unidos (con la diferencia de que aquellos no eran esclavos). Al llegar a Estados Unidos eran tratados de la peor forma, a veces incluso peor que a los esclavos afroamericanos (que eran más caros), llegando a ser considerados "negros blancos" o a los negros "irlandeses ahumados". Frente a algunos irlandeses que proclamaban la unión con los esclavos negros para luchar por el abolicionismo, la mayoría de los inmigrantes irlandeses decidieron hacer valer su "blancura", dejando de lado su catolicismo y su ascendencia irlandesa, para acceder a los privilegios raciales de los blancos, anglosajones y protestantes. Ese proceso supuso principalmente enfrentarse y asumir su "superioridad" a los "negros" (esclavos o libres), colocándose junto a los "blancos". Un ejemplo de este cambio es que el Ku Klux Klan, el representante del racismo anterior a la Guerra Civil Americana, inicialmente odiaba por igual a negros y a católicos. Además de ser un buen ejemplo del carácter social de las "razas" es un caso obvio de cómo los explotados son divididos, en este caso en base a prejuicios raciales. (Más info: "*An interview with Noel Ignatiev – How the irish become White*" - Una entrevista con Noel Ignatiev. Cómo los irlandeses se convirtieron en blancos. http://racetraitor.org/zmagazineinterview.pdf).

Otros ejemplos históricos de cómo las relaciones entre "razas" han sido utilizadas por el capital en su beneficio pueden encontrarse en *La otra historia de los Estados Unidos* de Howard Zinn.

en el fondo esconde la desigualdad de clase y el sometimiento al trabajo asalariado. Igual que una verdadera política de clase sólo puede ser feminista, un verdadero feminismo sólo puede ser "de clase".

Para acabar haremos un último apunte. Frente a las diferencias anteriores (genéticas, entre "razas", géneros, edades, preferencias sexuales, etc.) que son diferencias biológicas dadas, las relaciones de clase son un producto alienado de nuestra actividad social como seres humanos bajo determinadas condiciones materiales. Esto implica que podemos destruir las relaciones de clase, podemos abolirlas mediante la transformación de nuestras relaciones sociales y la destrucción de las condiciones materiales de las que son causa y consecuencia. Nosotros las creamos, nosotros las destruimos. Por el contrario, no podemos (¡ni queremos!) acabar con las diferencias entre hombres y mujeres, entre colores de piel o grupos sanguíneos, entre homosexuales, bisexuales o heterosexuales, etc. Tampoco se trata de igualarnos abstractamente "en derechos" o lo que sea, se trata de aprender a vivir aceptando la rica diversidad biológica, etnográfica y cultural como una virtud y no como un castigo, vivir gracias a ella y no a pesar de ella. Y no podemos ni queremos esperar a destruir el capitalismo para empezar a hacerlo.

Conclusión

En este artículo hemos intentado empezar a exponer la estructura de clases del capitalismo. Hemos tratado las relaciones de clase en términos "objetivos", como formas alienadas que adoptan las relaciones humanas debido a una determinada distribución real y formal de los medios de producción. Nuestro principal objetivo era tratar de entender las bases materiales de los conflictos en el seno del capitalismo, la lucha de clases, y como éstos se relacionan con el resto de luchas y opresiones que conviven en su seno: de género, raciales, etc.

Por motivos de espacio y de salud mental, nos hemos limitado a la experiencia individual de las relaciones de clase dejando para más adelante su expresión colectiva, tampoco hemos tratado los aspectos "subjetivos" que se derivan de estas relaciones. Cómo a partir de estas relaciones necesariamente antagonistas y contradictorias pueden surgir movimientos y proyectos que trasciendan los límites del capitalismo… o que se queden en él, así como ideologías que tratan de enterrar el conflicto de clase y la separación en la que se basa el capitalismo. Todo esto y mucho más en algún próximo aburrido artículo del Ruptura.

Por el comunismo, por la anarquía...
Por la ruptura

Encontrado por ahí:

Obrerismo

Esta crítica del obrerismo fue escrita 1995 por la revista inglesa Wildcat. Hemos considerado interesante añadirlo como apéndice al artículo sobre las clases para dejar aún más clara nuestra postura sobre el tema.

El obrerismo es una forma de ideología capitalista, endémica entre los que se autodefinen como revolucionarios. Es una ideología que fomenta la aceptación, y hace propaganda, del trabajo asalariado entre personas que se han dado cuenta de la explotación que conlleva el trabajo asalariado. Es, por lo tanto, una de las formas más elevadas de alienación.

La veneración por el obrero se encuentra en diversas ideologías estatistas, como el estalinismo y el nazismo., en la que los trabajadores son glorificados por su rol como constructores de la nación, el estado y el capital.

El obrerismo no es una ideología que alabe toda clase de trabajo asalariado, sino sólo el trabajo "productivo". De hecho, desprecia a los trabajadores de oficina y de la industria de servicios porque alaba sólo a aquellos que están más implicados en la reproducción del capital.

El obrerismo adora el trabajo manual, el "trabajo con martillos". Su visión del proletariado es la del "hombre musculoso". Al rechazar el trabajo de oficina y tienda, rechaza a una gran parte de las trabajadoras asalariadas, revelándose como sexista.

El obrerismo ha estado presente desde el principio en el movimiento obrero. Las primeras sociedades obreras fueron de inspiración cristiana, y alabaron el ahorro, la honradez y el trabajo. Este moralismo perdura en el obrerismo, que es un bastión de la ideología cristiana dentro de la clase obrera.

Los más fuertes defensores del obrerismo no son trabajadores manuales (que lo son porque, probablemente, no han tenido otra opción), sino ex-marginales que tomaron la decisión moral de convertirse en obreros manuales "revolucionarios". Su defensa del obrerismo es una compensación por la falta de seguridad que tienen sobre su propio estatus de clase, y una condena moral de los proletarios que se plantean opciones distintas

En el plano teórico, el obrerismo entiende la revolución como consecuencia de la lucha diaria de los obreros en el capitalismo. La historia de las revoluciones contradice esta teoría una y otra vez. La revolución francesa y la rusa han sido provocadas por luchas de mujeres . La revolución alemana y la portuguesa fueron provocadas por motines militares. La revolución del 68 en París fue iniciada por estudiantes. El obrerismo lidia con el fracaso histórico de su teoría, no mediante su corrección, sino mediante la falsificación de la historia. En cada caso, el

papel desempeñado por no-obreros es negado, minimizado o marginado. En cambio, la teoría revolucionaria analiza los acontecimientos reales a fin de comprender los momentos de debilidad en el capitalismo.

Según los obreristas, los trabajadores productivos ocupan una posición crucial, ya que pueden, dejando de trabajar, derribar el capitalismo. En realidad, la importancia de los trabajadores productivos es exagerada, ya que la producción es sólo una parte del ciclo de acumulación. Los trabajadores involucrados en la comunicación, la distribución y circulación de recursos también pueden ser una fuerza poderosa. Una huelga de trabajadores bancarios puede tener un efecto más fuerte sobre el capital que una huelga de trabajadores en una fábrica de automóviles; a su vez, una ola de disturbios urbanos puede tener mayor efecto que ambas actividades juntas.

La búsqueda de fracciones cruciales en el seno del proletariado, cuya lucha es privilegiada, revela la perspectiva jerárquica de los obreristas. Esta visión supone que el comunismo es un programa ya estructurado que sólo necesita de soldados para ser puesto en práctica; lo que refleja la resaca del antiguo socialismo de la segunda y tercera internacional en sus formas socialdemócratas, leninistas o sindicalistas. Esta teoría considera a la lucha de clases como una forma (burguesa) de hacer la guerra, con generales y soldados de infantería. El "revolucionario" profesional determina el programa, los obreros lo ponen en práctica.

El obrerismo y el intelectualismo son polos opuestos, pero no se oponen. Se complementan entre sí. El pensamiento y la acción se encuentran separados, los obreros deben poner las ideas de los teóricos en práctica. Con frecuencia, los obreristas tienen su propia crítica de los intelectuales, pero sólo se aplica a los otros intelectuales, no a los intelectuales obreristas. Los obreros deben evitar a los intelectuales, pero no al obrerista, que pretende ser diferente a un pensador especializado. El obrerismo mantiene la división pensamiento/acción, y el privilegio de facto del pensamiento, que es inherente al capitalismo.

El sujeto revolucionario no es sólo el trabajador productivo, ni si quiera todos los trabajadores. Es el proletariado, quienes no tienen poder o riqueza social, quienes no tienen nada que perder más que sus propias cadenas. Además, los estratos no proletarios pueden desempeñar una activa participación en un contexto revolucionario, si el proletariado es activo. Esto puede verse con claridad en casos como el de los campesinos revolucionarios que participaron en el movimiento Makhnovista, y las colectividades libertarias creadas durante la guerra civil española.

El objetivo del movimiento comunista no es lograr la consolidación de un estado obrero, o la dictadura del proletariado: es la abolición de todas las clases sociales para crear una comunidad humana, mediante la lucha anticapitalista.

Ruptura

Los que creen haberlo entendido todo hace mucho tiempo, o desde siempre, ciertamente escriben con el ánimo de enseñar. Pero en realidad, los únicos textos interesantes son los que han sido escritos a partir de una apremiante necesidad de entender.

gruporuptura@hotmail.com